

YO, EL DIABLO

BURTON HARE

«Todas las miradas se clavaron en el hueco de la puerta.

Luego, el hombre objeto de todas las especulaciones entró.

Era alto, extremadamente delgado y de rostro tan anguloso que bajo las luces tenues del salón sus facciones resaltaron en luces y sombras como una sucesión de ángulos agudos, torpes y sombríos.

Vestía de oscuro y llevaba los cabellos muy largos. Sus cejas eran espesas como cepillos y bajo ellas llameaban los ojos más inquietantes que pudieran darse en un ser humano.

Se detuvo un instante y aquella mirada diabólica se paseó por entre los presentes».



Burton Hare

Yo, el Diablo

Bolsilibros: Selección Terror - 129

ePub r1.1
xico_weno 31.08.16

Título original: *Yo, el Diablo*
Burton Hare, 1975
Ilustraciones: Salvador Fabá

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Dan Marlow dio un sorbo al *whisky* y se retrepó en el butacón, saboreando el licor y escuchando el rumoreo de las voces que poblaban el salón, danzando en el espacio como sombras impalpables.

De vez en cuando, sus ojos eternamente irónicos buscaban la mirada de otros muchos más azules y profundos.

Alguien dijo:

—Ignoro de qué se trata en realidad, pero yo lo vi…

—Tonterías —replicó otra voz de mujer—. Esas cosas no pueden Suceder en nuestros días.

Dan Marlow pensó que muchas cosas asombrosas podían suceder incluso en estos tiempos de prisas, polución y crisis de toda índole. Por ejemplo, lo que le empujaba a buscar la mirada de aquellos ojos dulces y extraños…

Las llamas crepitaban en la gran chimenea de oscura boca. El viento, que en el exterior arrancaba crujidos de las ventanas y aullaba entre el follaje de los árboles, arremolinaba a veces el humo y miríadas de chispas danzaban elevándose hasta perderse en la negrura insondable del misterioso abismo que se alzaba en el llameante hogar.

Los dulces ojos azules correspondieron una vez más a su llamada. Sonrieron y en su mudo lenguaje le dijeron que aquello era cierto, que él flujo extraño que les había unido desde su llegada a la mansión campestre era una realidad sin explicación lógica alguna…

Los ojos azules y dulces pertenecían a Pauline Brand, una joven soberbiamente bella, de largas piernas, delicada cintura y senos breves y agudos, que se agitaban cuando su respiración se alteraba más de lo debido. Dan Marlow no recordaba haber visto un rostro

tan arrebatadoramente sugestivo en toda su vida.

La misma voz de antes insistió:

—De cualquier modo, podrás comprobarlo porque debe estar a punto de llegar.

Sonó un concierto de grititos excitados. Por un instante pareció que todas las mujeres presentes en la reunión fueran presas de un conato de histerismo.

Dan Marlow desvió la atención de la exquisita muchacha para ladear la cabeza y gruñir:

—¿De qué está usted hablando, Ronald?

—¡Caray! ¿En qué estabas pensando, muchacho?

—Lo siento, estaba distraído.

Una mujer rubia, de pecho ampuloso y casi libre gracias al enorme escote del vestido de noche, dijo con ironía:

—¿Distraído? Yo prefiero pensar que se encontraba en las misteriosas regiones de la inspiración… tal vez ideando otro de sus delirantes relatos. ¿No es cierto, querido Dan?

—No, en absoluto.

—Estábamos hablando de misas negras y cosas así —dijo Ronald Howard, el anfitrión.

—¡Oh!

—De eso tú deberías saber más que nadie como escritor de fantasía.

—Lamento desilusionarte, pero en esta materia soy un neófito. Creí oír que habías invitado a alguien que ha aterrorizado a las señoras. ¿De quién se trata?

Ronald Howard dijo suavemente:

—Karl Veransay.

Dan esbozó un gesto de fastidio.

—He oído hablar de ese charlatán. No veo…

—No te precipites, Dan. Charlatán o no, ha realizado verdaderos prodigios que escapan a la comprensión humana. Yo mismo presencié una sesión y te aseguro que sentí erizárseme el cabello. Es algo… demoníaco.

—Ronald, a su edad ya debería haber dejado atrás las supersticiones.

—¿Realmente, el demonio es una superstición?

La hermosa muchacha de ojos azules murmuró:

—Se me ocurre que hay infinidad de temas más sugestivos para una velada de fin de semana, tío.

Howard rió entre dientes.

—Querida Pauline, te apuesto doble contra sencillo que si efectuásemos una votación, la mayoría se inclinaría por ese tema precisamente. Es profundamente misterioso y eso atrae… sobre todo si, como en este caso, Karl Veransay va a ser uno de mis invitados.

Dan se levantó. El viento aulló por la chimenea y un postigo golpeó en alguna parte de la inmensa residencia.

La rubia se estremeció y dominándose hizo una pregunta:

—¿Qué fue lo que viste, Ronald, en esa sesión?

—No quiero detallarlo. Prefiero que lo veáis personalmente. Espero que el profesor, como él se hace llamar, se muestre complaciente y nos ofrezca una demostración de sus poderes.

Un hombre de unos cuarenta años, ataviado como los caballeros con un *smoking* impecable, emitió un gruñido y dijo:

—Todo eso son estupideces, ésta es mi opinión. No creo en nada de toda esta sarta de tonterías. Pero, hombre, estamos en plena era atómica. ¿Quién puede creer en demonios, ceremonias negras, poderes infernales y cosas así? Sería tanto como admitir que incluso en nuestro tiempo necesitamos exorcizarnos, como en plena edad media.

—¿Y quién te asegura que no hay quien lo necesite? —rió Howard, retrepándose en su butaca.

El aludido soltó un bufido.

—Tonterías —repitió—. Ese charlatán de que has hablado no puede ser otra cosa que un simulador, uno de esos tipos que se exhiben en los escenarios y…

—Ahí es donde te equivocas, Alex. Veransay jamás se ha presentado en un escenario. En realidad, es extremadamente reacio a actuar en público, como no sea en sus ceremonias demoníacas, y entonces el único público que asiste son sus creyentes.

—¿Adoradores del diablo? —rió Dan, encendiendo otro cigarrillo.

—Eso parece, aunque en realidad ignoro los verdaderos fines y creencias de esa secta o lo que sea.

Las señoras charlaban en voz baja formando un grupo aparte, excitadas y nerviosas.

Por unos instantes sólo se escuchó el vivo parloteo de las mujeres.

Dan Marlow se levantó y caminó hasta el ventanal. Más allá de los cristales estaba la noche, el viento y la lluvia. Vio agitarse con violencia las copas de los árboles, fantasmas gigantescos sacudidos por la tormenta. Por lo demás, la negrura absoluta del exterior semejaba un pozo siniestro y sin fondo.

Tras él, oyó que Alex Dawson refunfuñaba:

—Opino que no debieras haber invitado a ese individuo, Ronald.

—¿Por qué no? Pensé que les gustaría a las damas un poco de novedad y excitación.

A juzgar por el coro de aprobación de las señoras, Ronald Howard estaba en lo cierto. A ellas les encantaba la perspectiva.

Dan se volvió. La mirada azul de la muchacha le sonrió desde la distancia.

Decididamente, habría que ocuparse de ella.

En aquel instante, unos suaves golpes en la puerta impusieron silencio. Un instante más y un sirviente entró, anunciando:

—El señor Veransay acaba de llegar, señor.

Ronald se levantó prestamente.

—Que entre, James.

Todas las miradas se clavaron en el hueco de la puerta.

Luego, el hombre objeto de todas las especulaciones entró.

Era alto, extremadamente delgado y de rostro tan anguloso que bajo las luces tenues del salón sus facciones resaltaron en luces y sombras como una sucesión de ángulos agudos, torpes y sombríos.

Vestía de oscuro y llevaba los cabellos muy largos. Sus cejas eran espesas como cepillos y bajo ellas llameaban los ojos más inquietantes que pudieran darse en un ser humano.

Se detuvo un instante y aquella mirada diabólica se paseó por entre los presentes. Incluso Dan, predispuesto a tomar todos aquellos asuntos con buen humor, sintió una suerte de inquietud cuando la mirada le rozó.

—Lamento haberme retrasado —dijo entonces el recién llegado con una voz profunda y suave al mismo tiempo—. La tormenta tuvo la culpa, por supuesto.

—Estábamos esperándole con impaciencia, profesor —exclamó Ronald Howard adelantándose para estrecharle la mano—. Sea

usted bien venido a mi casa. Espero que su estancia aquí le resulte agradable.

Siguió a continuación el rito de las presentaciones. Cuando Dan estrechó la mano del profesor sintió la fortaleza de aquellos dedos delgados y huesudos. De nuevo se estremeció.

Se sirvieron nuevas bebidas, y cuando el sirviente anunció que la mesa estaba servida el gran salón quedó desierto, con las llamas danzando en la chimenea y el viento aullando más allá de los cristales.

El último en salir fue Dan, quien en la puerta se unió a Alex Dawson y dijo:

—Presiento que vamos a divertimos, Dawson, ¿no cree?

—¿Divertirnos? Es usted un inconsciente, Marlow.

Dan parpadeó. De pronto recordó que aquel hombre había perdido a su esposa hacía menos de tres meses y en trágicas circunstancias. Se reprochó haberle hablado con aquella despreocupación.

Alex Dawson no podía encontrar nada divertido por el momento.

CAPÍTULO II

Estaban de nuevo en el salón, después de la excelente cena. Las tazas de café se habían vaciado y el buen coñac era saboreado en las panzudas copas.

En esta ocasión, Dan Marlow había conseguido sentarse al lado de la hermosa muchacha de ojos azules y apenas si prestaba atención a lo que sucedía en la gran estancia, donde todos estaban pendientes del misterioso invitado cuya presencia parecía dominar a cuantos le rodeaban.

Dan murmuró:

—¿Te diviertes, Pauline?

Ella sacudió la cabeza.

—No mucho —susurró.

—Estoy asombrado de no haber coincidido contigo hasta hoy… Una mujer tan hermosa y yo ignoraba hasta tu existencia.

Ella rió bajito.

—No te pongas romántico ahora. A juzgar por lo que escribes, el romanticismo no te va.

—¿Quieres decir con eso que has leído algo mío?

—¡Oh, sí! A pesar de que muchos de tus relatos deberían estar prohibidos.

—¿Por qué? Son sólo fantasías.

—Pero muy descriptivas, especialmente las escenas eróticas.

—Bueno, mi editor dice que eso es lo que desean los lectores, así que he de claudicar si quiero que me publiquen, Espero no haberte escandalizado demasiado.

Ella le miró y de nuevo en sus ojos azules había chis pitas de burla.

—Desde luego que no —murmuró—. Son sólo como tú dices… simples relatos de fantasía.

Él se disponía a replicar cuando la voz del profesor Veransay se alzó dominando el ambiente.

—Por supuesto que ustedes no creen —dijo—. Sé positivamente que todo esto son ridículas supersticiones según su punto de vista. No creen en el cielo ni en el infierno; ni en poderes ocultos ni en apariciones, o transmutación de personalidad… Para ustedes, como para la inmensa mayoría de las gentes, yo no soy más que un hábil charlatán.

—¡Pero, querido profesor! —se apresuró a exclamar Ronald Howard—. Nadie de los que estamos aquí podemos pensar eso. Si fuera cierto que era usted un embaucador o algo así yo jamás le hubiera invitado a acompañarnos en este fin de semana.

Veransay sonrió. Su rostro anguloso resultó más inquietante que nunca.

Dijo:

—No nos engañemos, amigo Howard. Yo soy la atracción de su fin de semana, Y no me ofende esta circunstancia, estoy acostumbrado. Le diré más… algunos de mis más fanáticos seguidores proceden de otras reuniones ligeras como ésta.

Dan Marlow carraspeó.

—¿Quiere usted decir que cree sinceramente que puede convencer a alguno de nosotros, convertimos en fieles asistentes a sus misas negras, o como las llamen?

—¡Dan, por favor! —Gruñó Ronald Howard.

Veransay clavó su extraña mirada en el joven escritor.

—No es ése mi propósito —aseguró con calma—. Pero si la circunstancia se diera yo no podría evitarlo.

La dama rubia de grandes senos exclamó:

—¡Entonces, haga usted algo que nos convenza, profesor!

Éste sacudió la cabeza.

—Una vez más se equivocan conmigo —dijo con extraña suavidad—. Si yo fuera un prestidigitador, podría distraerles con algunos trucos hábiles y divertidos. Sólo que no soy un artista de feria. Temo que mis… «habilidades» no serían causa de diversión precisamente.

—Nadie ha dicho que usted…

La voz de Ronald Howard se extinguió ante la fulminante mirada del profesor.

—No se disculpe, amigo Howard. Estoy acostumbrado a todo esto. No me ofende. Ni me molesta siquiera. Comprendo al género humano. ¿No voy a comprenderle, teniendo acceso a unos poderes tan colosales que están fuera del alcance de la inteligencia común?

Dan exclamó:

—Eso es interesante, profesor. ¿A qué poderes se refiere concretamente?

De nuevo, los ojos inquietantes de aquel hombre se clavaron en Marlow.

—Ni usted, con su mente acostumbrada a la fantasía, podría captar la verdad. Porque su mente es lógica… demasiado lógica diría yo. Por ejemplo, ya que han provocado ustedes este tema. ¿Es usted capaz de creer que un hombre vivo sea capaz de tener comunicación con otro ser humano… muerto?

Dan sonrió.

—Por supuesto que no.

Veransay se retrepó en el sillón, frente a las danzantes llamas de la chimenea. El resplandor del fuego convirtió los ángulos de su cara en una agresiva carátula.

—No obstante —dijo en su susurro—, yo lo he conseguido. ¿Cómo? No lo sé. Poseo ese poder. Y otros que también ignoro cómo me fueron concedidos… pero que están dentro de mí, potenciando mi mente hasta extremos que yo mismo me resistía a creer en un principio. Quizá el secreto esté en la concentración mental. El poder del cerebro humano puede resultar infinito… si se sabe cómo manejarlo.

—Hasta cierto punto estamos de acuerdo —replicó Dan—. Los hipnotizadores han demostrado que mediante la hipnosis puede efectuarse una intervención quirúrgica sin que el paciente sienta ningún dolor. Y eso es sólo un pequeño ejemplo. Pero entiendo que usted no se refiere al hipnotismo en absoluto.

—No tiene nada que ver una cosa con otra. Yo hablo del poder surgido del más allá, de las tinieblas. Ese poder no puede concentrarse en las manos ni en ningún órgano del cuerpo humano. Sólo en la mente, en el cerebro.

—Sería mejor que nos hiciera una pequeña demostración —le retó Marlow con buen humor—. Tal vez entonces pudiésemos comprenderle mejor.

—Desde que recibí su invitación, amigo Howard —dijo el profesor suavemente—, supe que el fin principal de esa invitación era presenciar lo que el vulgo llama «mis trucos»…

—Por favor, le aseguro que Dan le pedirá disculpas si le ha ofendido.

—No se preocupe. Ese joven no me ha ofendido en absoluto. Como tantos y tantos, sólo creen lo que ven.

—¿Y qué es lo que puede hacer usted que yo vea?

Veransay cerró los ojos. Estaba de cara a la lumbre y la luz de las llamas jugaba con sus inquietantes facciones. Cuando habló, su voz se hizo más profunda, como si surgiera alguna oscura sima.

—Veo una mesa de trabajo en el otro extremo de esta sala… Hay tres cajones en ella, ¿no es cierto, Howard?

—Sí, claro.

—Están cerrados con llave.

—Desde luego.

—Recordarán que yo no estuve cerca de esa mesa en toda la noche…

Los presentes, hombres y mujeres, cambiaron una mirada perpleja.

Ronald Howard dijo:

—No estuvo usted cerca de la mesa. No obstante, sabe que los cajones están cerrados con llave… ¿Cómo pudo…?

—¿Marlow?

Dan se levantó.

—Tal vez penetró en el pensamiento de Ronald —gruñó el joven.

—Vaya a la mesa. Compruebe que los cajones están cerrados.

La voz era cada vez más lejana, más débil, pero no menos oscura y profunda.

Dan caminó hasta la mesa. Agarró el tirador del cajón central y tiró. Estaba cerrado, lo mismo que los otros dos. Cada uno de ellos tenía una pequeña llave inserta en la cerradura.

Volvió atrás y dijo:

—Adivinado. Están cerrados con llave.

—Siéntese… No están cerrados…

—¿Qué?

Se volvió. Todos los rostros se volvieron hacia la mesa.

El cajón central se deslizó poco a poco y de pronto cayó al suelo con estrépito. Antes que pudiera lanzar una exclamación de estupor, el cajón de la derecha salió también, más rápidamente. Cayó y aún resonaba el golpe cuando el tercero saltó de su cavidad como empujado por un huracán. Voló materialmente fuera de la mesa y golpeó el suelo unos pasos más allá de los otros.

Estupefactos, todos y cada uno de los presentes miraban como fascinados los tres cajones caídos. Estaban en el suelo, el tercero tan apartado de la mesa que era indudable que una enorme fuerza lo había expulsado de su cavidad. No obstante, el contenido de cada cajón estaba intacto. No se había desparramado por el suelo, sino que continuaba en su lugar perfectamente ordenado.

Dan Marlow se rascó la nuca, asombrado.

De repente pareció como si el viento huracanado del exterior hubiera penetrado en la estancia. Los pesados cortinajes se agitaron salvajemente, haciendo crujir las guías que los sostenían, azotando la pared como seres vivos y enloquecidos.

Pauline lanzó un grito de espanto. La butaca en que estaba sentada se deslizaba despacio recta hacia la chimenea…

Dan dio un brinco y la sujetó. Notó la fuerza colosal que parecía tirar de ella.

Y entonces todo cesó. Los cortinajes volvieron a colgar inmóviles, la fuerza que atraía la butaca de Pauline se extinguió y sólo quedó el zumbido del viento en el exterior y las agitadas respiraciones de los atónitos testigos del fenómeno.

Karl Veransay siguió aún unos segundos perfectamente quieto frente al fuego. Luego, abrió los ojos y se irguió en su sillón.

Nadie habló mientras el hombre se volvía a mirarles fijamente uno a uno.

Sólo Pauline dijo en un susurro que sólo captó Dan:

—Sentí el frío de la muerte, Dan… algo horrible…

—Tranquilízate —y elevando la voz añadió—. Resultó una representación impresionante… ¿Cómo diablos lo hizo, profesor?

Veransay gruñó:

—Yo no hice nada… sólo invoqué ese poder de que les hablé.

Las mujeres le miraban fascinadas.

Alex Dawson dejó escapar el aire retenido en sus pulmones y dijo de mal talante:

—No comprendo cómo lo hizo, desde luego. Pero no cabe duda que es un buen truco… a menos que tú estuvieras de acuerdo con el profesor, Ronald, y tuvieras esos cajones preparados de antemano.

Los ojos malignos de Veransay se clavaron en el elegante aristócrata.

—Está ofendiendo a nuestro anfitrión, señor Dawson —dijo con voz cortante—. No debería hablar así… usted menos que nadie.

—¿Por qué menos que nadie?

—No lo sé. Ignoro quién o qué es usted, pero puedo captar una sombra a su alrededor. Un influjo misterioso que no comprendo…

—Pamplinas. No trate de impresionarme porque pierde el tiempo. No rae convertirá en uno de sus seguidores, o cómo demonios les llame.

El dueño de la casa dio un quiebro a la situación tratando de suavizar las cosas.

—Estás nervioso, Alex. Si uno se detiene a pensarlo, el profesor tiene razón en algunas de las cosas que dijo… o podemos comprender todavía todos los poderes de la mente humana.

—De acuerdo, lamento haber dicho lo de antes…

Se interrumpió cuando unos golpes en la puerta hicieron que todas las cabezas se volvieran sobresaltadas. Estaban aún bajo los efectos del extraño fenómeno vivido.

El sirviente que entró parecía un tanto desconcertado.

—Acaba de llegar un mensajero, señor —murmuró—. Trae un recado urgente para el seriar Dawson.

Alex Dawson frunció el ceño.

—¿Para mí?

—Sí, señor.

—Bien, dígale que salgo ahora mismo.

El criado asintió y se fue.

—Es muy extraño… un mensaje en una noche como ésta… Voy a ver de qué se trata.

—Dile a James que haga pasar a ese hombre a la cocina, Apuesto que estará empapado. Que le atiendan antes de que se marche otra vez.

Dawson salió de la estancia. El sirviente esperaba fuera y le precedió hasta el enorme vestíbulo de la mansión.

Allí ambos se detuvieron en seco. Dawson rezongó:

—¿Dónde está ese hombre, James?

—Le dejé aquí, señor… Mire, ahí está el sobre que traía.

La carta estaba sobre una mesa. Era un sobre largo y recio plagado de manchas de humedad.

Al tomarlo, Alex Dawson advirtió que sólo constaba su nombre en el sobre. Su nombre, escrito con una letra nerviosa y picuda.

Notó como si el suelo oscilara bajo sus pies y la visión se le nubló. Las letras empezaron a bailotear ante sus ojos y hubo de apoyarse contra la mesita para no caer.

El criado enarcó las cejas.

—¿Se encuentra usted indispuesto, señor?

—No es nada… ¿Cómo era ese mensajero?

—Un hombre bajito, rechoncho diría yo, señor. Se cubría con un impermeable oscuro y un sombrero, también impermeable.

Alex Dawson hizo un esfuerzo y volvió a mirar su nombre escrito en el sobre. Aquella letra angulosa era inconfundible…

Era la letra de su propia esposa, muerta casi tres meses atrás.

CAPÍTULO III

Ronald gruñó:

—Todo esto no tiene sentido. Ese individuo puede haberse internado en la casa y estar oculto en cualquier rincón, esperando para robar quizá.

—Entre los sirvientes y nosotros podemos registrar todo el edificio en poco tiempo —sugirió Dan.

Dawson se había derrumbado en una butaca y miraba las llamas de la chimenea como sugestionado por los rojizos resplandores. Daba vueltas al sobre entre sus manos sin atreverse a abrirlo.

Marlow dijo:

—Y a todo esto, Dawson, ¿qué dice ese mensaje? A menos que se trate de algo personal, claro.

—No lo sé… no me atrevo a abrir el sobre.

Todos le miraron extrañados.

—¿Por qué no? —exclamó Ronald Howard.

Dan insistió:

—Deberíamos registrar la casa en busca de ese intruso, Ronald.

Por primera vez, Veransay dejó oír su voz profunda y dominante.

—Eso resultaría perfectamente inútil… El mensajero ya se fue.

—¿Cómo diablos puede saberlo usted? No ha salido de esta sala.

—No importa. Sé que se marchó después de dejar el sobre la mesita, al lado del jarrón de porcelana china.

Howard arrugó el ceño.

—Es cierto que hay un jarrón de porcelana china encima de la mesita… ¿Estaba allí la carta, Alex?

—Sí… casi tocando ese jarrón.

—Vaya cosa más absurda —rezongó el dueño de la casa—. Abre el sobre y lee el mensaje. Después podremos seguir nuestra velada

en paz. Alex.

—Lo dudo. Este mensaje es de mi esposa.

Hubo un coro de exclamaciones ahogadas. Unos y otros cambiaron miradas de estupor y al fin Dan gruñó:

—No puede estar hablando en serio, Dawson.

Las manos de éste temblaban cuando levantó el sobre.

—Conozco esta letra. La reconocería entre mil otras muestras de escritura. Es la letra de Geraldine sin la menor duda.

—¡Pero su esposa murió hace tres meses, hombre! ¿Cree que una carta suya hubiera tardado todo este tiempo en llegar a sus manos?

Dawson levantó su mirada extraviada.

—No comprende usted… ninguno de ustedes comprende. Esta carta no vino por correo. Sólo consta mi nombre en el sobre. Ninguna dirección. Y yo no dije a nadie que venía a pasar el fin de semana aquí. Y la carta ha llegado…

—¡Cuernos, es cierto! —bufó Marlow, estupefacto—. Es la cosa más asombrosa que… En fin, tal vez se trate de una broma. Hay gente con la mente más retorcida que un sacacorchos, Dawson.

—Es su letra, Marlow, no me cabe ninguna duda.

—Entonces, por Dios, abra el sobre y terminemos de una vez.

La rubia del pecho opulento se llamaba Amelia Larson, aunque ella insistía en que la llamasen Melita. Estaba tan excitada como un gatito cuando balbuceó:

—¡Qué velada más… emocionante, Ronald, querido!

Los dedos de Dawson temblaban tanto que casi dejaron escapar el sobre cuando lo rasgó. Extrajo de él una hoja doblada y el papel estaba húmedo y con ligeras manchas verdosas.

Separado de los demás, junto al fuego, lo leyó para sí.

Todo su cuerpo sufrió un violento espasmo. Las piernas le fallaron y se derrumbó sobre la butaca, dejando escapar un ligero quejido.

—¿Y bien, Alex? —Se impacientó el dueño de la casa—. ¿De qué se trata?

Él no replicó. Volvió a leer el breve texto y las palabras parecieron gravarse a fuego en su mente:

> «Creíste haberte librado de mí. Te maldigo, Alex, con todo mi odio que es aún mayor que el tuyo. Mataste mi

cuerpo, pero jamás podrás acabar con mi odio. Nunca te libraras de mí».

Y estaba firmado por Geraldine. Y era su letra y la firma tan conocida era también la suya.

Repentinamente, Alex Dawson emitió una suerte de rugido y tiró la carta y el sobre a las llamas de la chimenea.

Dan Marlow dio un respingo y exclamó:

—Acaba de cometer una estupidez, Dawson. Esa carta podía ser una pista para descubrir al bromista que la trajo.

Hundido en la butaca, el hombre se cubrió la cara con las manos y permaneció inmóvil largo tiempo en medio del silencio de todos los demás.

Fue en medio de ese silencio que Karl Veransay murmuró:

—Se ha librado usted de un pedazo de papel tan sólo, señor Dawson, pero no de su contenido. No puede usted quemar lo que ya está en su mente…

Dawson levantó la cabeza y sus ojos extraviados se fijaron en el misterioso profesor.

—Usted… —balbuceó—. Parece como si conociera el contenido de la carta…

—No sé nada de ello. Sólo he captado su reacción y ésta es asombrosa. Tampoco sé nada de usted, puesto que esta noche ha sido la primera vez que ambos nos hemos visto y tratado. No obstante, ya dije al principio que advertía una sombra a su entorno.

—¡Qué sombra ni qué…!

Dawson se levantó y dio unos pasos por la estancia entre el silencio expectante de los demás.

Se oía el gruñido del viento y los crujidos de la casa azotada por la tormenta. De vez en cuando, una ráfaga se colaba por la gran chimenea y el humo y las chispas danzaban en ella para apaciguarse después.

—Creo que me retiraré a mi cuarto, Ronald —dijo Dawson de pronto—. Me asiento fatigado y nervioso.

—Desde luego, Alex. Lamento lo de esa carta absurda, pero no creerás que te la envió Geraldine antes de morir…

—No sé qué creer. ¿Cómo hubiera podido saber entonces que yo estaría aquí esta noche? Disculpen… ere o que les he estropeado la

velada a todos. Buenas noches.

Salió apresuradamente y cuando se hubo cerrado la puerta Ronald Howard sacudid la cabeza, pesaroso.

—Fue una gran desgracia para él perder a su esposa —comentó encendiendo un cigarrillo—. Creo que le costará mucho remontar el golpe y recobrar su antigua vivacidad.

Dan se había vuelto a acomodar junto a la hermosa muchacha.

—Este incidente —dijo—, ha ensombrecido un poco su espectacular demostración, profesor.

Veransay le observó sin demasiado interés.

—Espero no tener que realizar otras menos inofensivas, señor Marlow. Desde que llegué aquí capté una fuerza oscura y sombría que no consigo comprender. No sé… puede ser algo que envuelve a alguno de los presentes, o esa extraña sombra que rodea al pobre señor Dawson. De cualquier modo, es algo que no me gusta en absoluto.

—¿Pretende asustarnos, profesor?

—Nada más lejos de mi intención. En todo caso, el único que debería asustarse sería yo, porque a pesar de mis facultades es algo que no puedo dominar, ni siquiera comprender.

—¿Relacionado con Alex? —inquirió Ronald, ahora preocupado.

—Le repito que lo ignoro. Quizá sea relacionado con él, o con esa carta que tanto le ha inquietado. Pero puede tratarse de una circunstancia relativa a cualquier otro…

Como si apenas concediera importancia a sus palabras, Marlow murmuró:

—No obstante, con su… poder, o clarividencia, o como quiera llamarle a esas facultades asombrosas que posee, profesor, debiera serle fácil saber qué decía la carta de Dawson.

Veransay se levantó.

—¿Y quién le asegura a usted que no lo sé, mi joven amigo? Y ahora, si me disculpan, yo también desearía retirarme. Es ya muy tarde para mí.

—Desde luego, profesor —exclamó el dueño de la casa pulsando el botón de un timbre—. James le acompañará a su aposento. Espero que se encuentre cómodo entre nosotros.

El sirviente apareció y tras una ligera inclinación de cabeza el profesor Veransay abandonó la estancia.

Cuando hubo salido, Melita Larson comentó con voz excitada:

—Ese hombre me produce escalofríos, Ronald. Es tan misterioso… y esa demostración que nos ha hecho…

Pauline dijo:

—Yo lo encuentro desagradable. No comprendo cómo se te ocurrió invitarle, tío Ronald.

—No me negarás que su presencia ha animado sobremanera la reunión. De vez en cuando conviene un poco de excitación, de novedad. Sin él, este fin de semana hubiera sido uno más como tantos otros. Espero que mañana nos obsequie con algunas experiencias más de su repertorio.

—Howard, ese individuo no es un charlatán cualquiera —opinó Dan—. Él está convencido de su fuerza, de ese poder sobrenatural o lo que sea. Se me antoja un fanático, y todo fanatismo es un peligro en potencia.

—Ya te dije que era el dirigente de una secta que celebra ceremonias como en la Edad Media.

—Debiste invitar también a un buen exorcista. Hubiera sido divertido enfrentarlo al profesor. Porque si yo he entendido un poco de lo que él ha dicho y hecho, el poder de que dispone procede del diablo.

—Muchacho, las misas negras o como llamen a esas ceremonias a que se entregan, tengo entendido que son dedicadas a Satán en persona. Dudo entre tomarlo a broma o no. En cualquier caso, ese fenómeno de mover los objetos y provocar ruidos o agitar de cortinas… todo esto, no cabe duda que procede de otro tiempo. Eran fenómenos típicos de las casas donde había alguien poseído por el diablo. Tú debes haber leído algo al respecto, sin duda.

—Claro. Incluso leí hace tiempo un tratado de exorcismo editado hace más de doscientos años. Y en todos los casos de seres poseídos por el demonio se producían esos fenómenos de objetos lanzados a distancia, incluso muebles enteros que se derrumbaban por sí solos. Pero en la era espacial todo eso resulta un poco ridículo creerlo, ¿no le parece?

—¿Y si dejamos de hablar de temas tan sombríos? —Surgió Pauline, fastidiada.

—Tienes razón. Y por mi parte decido dar por terminadas no sólo las discusiones, sino la velada. Voy a acostarme, aunque eso no

debe servir de precedente a los demás —rió Howard—. Buenas noches a todos.

—Yo también me retiro —decidió Melita Larson—. Ha sido una velada sumamente emocionante.

Dan esperó a que se cerrara la puerta antes de sentarse de nuevo al lado de la hermosa muchacha.

—Bien —suspiró—, tal vez ahora tú y yo podamos iniciar otros temas de conversación menos lúgubres.

—¿Como cuáles por ejemplo?

—No sé… Me gustaría besarte para empezar.

Ella se echó a reír.

—A menos que me equivoque, nos hemos conocido apenas esta noche.

—Precisamente. Se impone un conocimiento más íntimo cuanto antes.

—¿Qué clase de conocimiento íntimo, Dan? Porque imagino que no pretenderás representar una de tus delirantes escenas eróticas… literarias.

—Bueno, algunas no son tan malas, creo yo.

Pauline esbozó un gesto de burla.

—Por lo menos las que yo he leído no tienen nada de edificante que digamos. Pero voy a permitirte un beso como despedida porque voy a acostarme inmediatamente.

—No hablas en serio.

—¿En lo del beso?

—En lo de acostarte ahora.

—Ya lo creo que sí.

—En fin, si es tu última palabra…

La atrajo hacia sí suavemente. Los ojos azules de la muchacha estaban fijos en los suyos, cada vez más cerca, brillando como estrellas.

Luego, dejó de verlos cuando sus labios se apretaron.

Si la muchacha había pensado en un beso juguetón, ligero y despreocupado, se equivocó. Fue como si un volcán estallara en su interior y sacudiera hasta las últimas fibras de su cuerpo. Por unos instantes todo se borró a su alrededor, como si de pronto el mundo dejara de existir y sólo quedaran ellos dos, un hombre y una mujer estrechamente abrazados, abrasándose en una súbita hoguera

mucho más brillante que la otra que ardía en la chimenea…

Se quedó sin aliento, igual que flotando en un espacio infinito.

—Por favor, Dan… —susurró sin voz.

—Yo también dispongo de poderes ocultos, linda…

Volvió a besarla y ella se dejó flotar en esa nueva dimensión donde sólo existía el placer y el deseo, donde nacía el amor y el mundo se desvanecía para convertirse en vacío absoluto.

Un lugar donde flotar, mecerse dulcemente en la cresta de una ola de ternura como jamás conociera otra.

Para el hombre y la mujer, la velada no había hecho más que empezar.

CAPÍTULO IV

El viento del mar llegaba agitado y frío a la cima del acantilado cuando el coche se detuvo.

Allá abajo, a pesar de la oscuridad, las olas mansas se convertían en blanca espuma al lamer las rocas. El oscuro abismo se llenaba del rumor del mar, del susurro del viento salobre y del chapoteo del agua en el fondo.

La mujer se apeó del auto. Era alta y delgada, de cuerpo anguloso. Se tambaleó ligeramente y apoyándose en la brillante carrocería balbuceó:

—¿Por qué nos hemos detenido aquí? Quiero llegar a casa cuanto antes…

El hombre que salió del coche encendió un cigarrillo, expelió el humo y dijo:

—Has bebido demasiado esta noche, querida. El aire te despejará un poco.

—¿Pretendes decirme que estoy borracha?

—Por supuesto que no… sólo un tanto mareada. Respira hondo y en unos minutos te sentirás mejor.

Ella rió tontamente en la oscuridad, mientras el hombre daba unos cortos paseos aburridos de aquí para allá. Se detuvo en el borde del acantilado y miró la negra sima que se hundía a sus pies, hasta el blanco resplandor de la espuma.

Tras él, la mujer murmuró:

—Tengo frío, eso es lo que hemos conseguido. Vámonos a casa de una vez.

Él regresó sobre sus pasos y sostuvo la portezuela mientras ella entraba de nuevo en el coche.

El motor runruneaba con suavidad, apenas audible. El hombre arrojó el cigarrillo más allá de las rocas, viendo perderse en el

abismo la catarata de chispas que desprendió.

Rodeó el coche y abrió la portezuela del lado del volante. Pero no entró inmediatamente, sólo introdujo la cabeza y gruñó:

—¿Te das cuenta de cómo me pusiste en ridículo esta noche?

—Anda, vámonos a casa… estoy rendida.

—¡Estás borracha, eso es lo que estás!

—Muy bien, ni siquiera quiero discutir. Estoy borracha, arranca de una vez…

—Me pusiste en evidencia ante todos… todos mis amigos, y cuantos estaban en la fiesta de Helman.

—¿Y qué importa?

—¡Me importa a mí!

—Te dije que no quiero discutir… Tú nunca pierdes la cabeza… nunca bebes una copa de más, ni hablas una palabra de más, ni haces una caricia de más… Eres un ave fría, ni más ni menos…

—¿Qué otra cosa puedo ser, encadenado a una maldita alcohólica? —Casi chilló él.

Ella se revolvió en el asiento.

—¡No me grites, estúpido! Y vámonos a casa. Mañana por la mañana llamaré a mi abogado… ya demoré demasiado tiempo darte esa lección…

—¿Vas a pedir el divorcio? —se mofó el hombre.

—¿Divorcio? —Se echó a reír con esa turbia risa de los beodos —. No, querido… Voy a redactar un nuevo testamento…

—Tu vieja amenaza. Me produces náuseas.

Se deslizó en el asiento, hundió el embrague y con un gesto brusco tiró de la palanca introduciendo la segunda marcha.

Ella se recostó en el respaldo y cerró los ojos.

—Me suplicarás —balbuceó—. Te arrastrarás a mis pies… y me reiré de ti, pedazo de hombre…

Él conservaba aún abierta la portezuela. Se colocó en el borde del asiento, manteniendo hundido el pedal del embrague.

—No creo que puedas reírte de mí, querida… En realidad creo que ya no podrás reírte de nadie en este mundo.

—¿Quieres arrancar de una vez? —Su voz sonaba soñolienta.

—Claro, enseguida. Pero antes déjame decirte algo… algo en lo que nunca me hiciste el menor caso.

—Dilo y termina. Me aburres… me aburres hace tanto tiempo…

—Sí, ya sé… Lo que quería decirte es que debiste haber aprendido a nadar.

Saltó de costado fuera del coche. Al soltar el pedal del embrague, el auto dio un brusco tirón hacia adelante. La mujer lanzó un aullido escalofriante. Luego, el coche saltó al vacío y se hundió en el abismo mientras el alarido de la mujer se hundía con él, debilitándose, ahogándose con la distancia…

Luego hubo un tremendo estampido cuando el auto se estrelló contra un saliente rocoso, y tras esto un sonoro chapoteo.

Asomándose con precaución, el hombre llegó a tiempo de ver hundirse la carrocería en medio de un agitado remolino de espuma.

Un remolino que se oscurecía por instantes, más negro, más profundo, con las aguas girando y girando, tragándose su presa, sepultando en las profundidades el coche convertido en ataúd.

Era asombroso que las aguas no dejaran de girar vertiginosamente. Era un torbellino sin fin que parecía atraerle, llamarle, succionarle casi con la fuerza irresistible del vértigo…

Supo que iba a hundirse en él, en aquella vorágine de espanto. Y allá abajo, en la tumba líquida, encontraría otra vez a la mujer, y de nuevo estarían unidos en aquella pesadilla repelente en que se convirtiera su matrimonio…

Lanzó un grito de terror.

Y despertó bañado en sudor helado.

Temblando agitadamente sentóse en la cama rodeado de tinieblas. Nunca había sufrido semejante pesadilla. Advirtió su respiración espasmódica y trató de calmarse repitiéndose una y otra vez que aquello había sido sólo un mal sueño, una pesadilla que ya había terminado.

Miró la esfera luminosa de su reloj de pulsera. Apenas eran las dos y media de la madrugada. Oía silbar el viento y la lluvia azotaba los cristales de la ventana produciendo un redoble monótono en la quietud de la espaciosa habitación.

Fue en ese instante cuando oyó el susurro.

Se puso rígido, escuchando aterrado.

El susurro se repitió. Era una voz de mujer que balbuceaba palabras ininteligibles. Una voz aterradora, opaca, como si llegara desde las profundidades líquidas del mar, desde la distancia del tiempo; lamento acusador que penetraba en su conciencia como un

chorro de plomo fundido…

Se tapó los oídos y el susurro siguió penetrándole igualmente, cual, si en realidad estuviera dentro de él. O él estuviera en la profunda sima del mar hundido en aquella voz quejumbrosa, sumergido en ella, envuelto en la voz, fundido materialmente en el sonido que no cesaba…

Al fin se lanzó hacia el borde del gran lecho y tanteó desesperadamente hasta hallar la luz.

La repentina claridad le cegó. Luego, miró en torno con ojos desorbitados que amenazaban saltarle fuera de las órbitas.

Estaba solo en la habitación. El fuego de la chimenea se había apagado y quedaba el suave aroma de la leña de pino quemada.

No había nadie allí.

Suspiró luchando por calmar sus tensos nervios.

Acabó por saltar de la cama y descalzo se dirigió al armario. Sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno con dedos que temblaban ostensiblemente.

Fue cuando se volvía para regresar al lecho que vio aquello.

El cigarrillo escapó de sus labios y emitió un sordo quejido.

Notaba cómo el espanto pugnaba por salir a gritos de su garganta contraída pero no tenía voz.

Todos sus sentidos parecían haberse concentrado en la mirada, fija en las huellas del suelo.

Huellas de pies descalzos… húmedas como si los pies que las dejaron impresas estuvieran mojados. Y había unos hilillos verdosos… como esos líquenes gelatinosos que se encuentran en las rocas de aguas profundas…

Se dejó caer de rodillas y pasó los dedos por una de aquellas pisadas. Estaba húmeda y el liquen verde se desmenuzó bajo su dedo…

Alex Dawson lanzó al fin un alarido terrible y con los ojos desorbitados se desplomó inerte.

CAPÍTULO V

Cuando abrió los ojos advirtió que estaba tendido en la cama y que los rostro de Dan Marlow y Ronald Howard se inclinaban sobre él, preocupados.

—¿Te sientes mejor, Alex? —murmuró Ronald.

—¿Qué… qué sucedió?

—Te oímos gritar y cuando entramos estabas tendido en el suelo. Debiste sufrir una pesadilla o algo así.

—Las huellas… la voz… ahora recuerdo…

—¿De qué estás hablando?

—¿No las viste?

—Tranquilízate.

Dan gruñó:

—Le traeré un buen trago de *whisky*. Eso le hará sentirse mejor.

—¡No, no! Estaban ahí…, las vi…, las toqué con mis dedos…

—¿Qué?

—Las huellas de unos pies desnudos… unos pies de mujer…

Marlow dio un respingo. No obstante, se volvió y miró el suelo de roble.

—Yo no veo nada semejante —dijo.

—¡Estaban ahí…!

Mientras Howard trataba de sujetarle Dan se agachó, examinando el suelo pulgada a pulgada. Al fin, vio unos leves rastros verdosos y una ligera humedad.

—La madera ha empapado el agua si es que la hubo —gruñó, acercando más la mirada al suelo—. No obstante, aquí hay humedad y algo más que ignoro lo que pueda ser… ¿Alguien tiene un sobre, un pedazo de papel?

—Vamos, deja de andar a gatas —refunfuñó Howard de mal humor—. ¿Qué esperas encontrar ahí? Todo esto no es más que una

simple pesadilla.

Dan hurgó en sus bolsillos. Sacó un paquete de cigarrillos y con cuidado desprendió de él la envoltura de celofán transparente.

Dawson balbuceó:

—Fue algo espantoso, Ronald, créame.

—Está bien, sufriste un mal sueño, quizá a causa de la carta. O tal vez por tu impresión al ver la demostración del profesor. Noté que te impresionabas, pero eso es todo.

—¿Es que no quieres comprender?

—Pero, hombre, no seas absurdo. ¿Qué pretendes decir concretamente, que una mujer desnuda penetró en tu cuarto y chorreaba tanta agua que dejó sus huellas en el suelo?

—¡Pero yo lo vi, Ronald! —Casi chilló Dawson, frenético.

—¿Viste a la mujer desnuda?

—¡No, condenación! Vi las huellas.

Dan se irguió mirando la funda del paquete al trasluz. Dentro de ella había unas leves sombras verdosas.

—No sé de qué se trata —murmuró—, pero sin duda eso no debería estar aquí, suponiendo que sus sirvientas acostumbren a realizar bien su trabajo.

Ronald soltó un bufido.

—Limpiaron todas las habitaciones sólo unas horas antes de vuestra llegada. Vamos, deja de jugar a detectives y trae algo de beber. Y no sólo para Alex. Yo también creo que necesito un trago.

—Ajá, me incluyo en ese coro de necesidades.

Al salir, Dan guardó cuidadosamente la funda de celofán en el bolsillo del batín de seda con que cubría su pijama.

No tardó en regresar con una botella y tres vasos.

Dijo al cerrar la puerta:

—Acabo de dar el mayor susto de su vida al pobre James… me sorprendió en el bar y creyó que habían penetrado ladrones.

Escanció el licor y ofreció un vaso a cada uno de los hombres. Él también acabó sentándose en el borde de la cama.

Dawson vació el suyo de un trago. Se atragantó y acabó tosiendo.

Marlow no apartaba sus ojos agudos del rostro lívido de aquel hombre.

—¿Se siente mejor? —indagó.

—Ustedes no me creen…

—Bueno, convendrá que es difícil de imaginar que una mujer entrara aquí, con los pies desnudos y mojados y que usted ni siquiera la viera a pesar de haberse despertado.

—La oí… murmuraba algo que no entendí. Pero la voz estaba aquí, en este cuarto…

Ronald Howard dijo:

—Escucha, Alex… Será mejor que trates de olvidar esta pesadilla. Mañana hablaremos de eso. Estoy seguro que entonces verás las cosas de distinto modo tras unas horas de descanso.

Resignadamente, Dawson claudicó. Sabía que no le creían y eso aumentaba su desazón.

—Está bien —murmuró—. Hablaremos por la mañana.

Dan sostuvo la puerta hasta que el dueño de la casa hubo salido de la habitación y entonces murmuró:

—¿Qué opina de todo esto, Ronald?

—¿Qué quieres que opine? Alex sufrió una pesadilla, ni más ni menos. Tiene el sistema nervioso alterado desde la trágica muerte de su mujer y ésta es la causa de sus pesadillas.

—No obstante, había ligeros rastros de humedad en el suelo. ¿Cómo explica usted eso?

Howard echó a andar pasillo adelante hacia su dormitorio.

—No tengo ninguna explicación. Quizá se levantó y él mismo dejó esos débiles rastros húmedos. O en un momento dado abrió la ventana y entró una ráfaga de lluvia empujada por el viento. Mira, Dan, déjame en paz, ¿quieres? No hay ningún misterio en todo esto.

—Ojalá esté en lo cierto, pero debe reconocer conmigo que Dawson estaba medio loco de espanto.

—Cualquiera con los nervios desquiciados se asustaría de un mal sueño como el que debe haber sufrido. Buenas noches, Dan. Y no empieces tú también a dar gritos cuando me haya acostado.

Marlow rió entre dientes y entró en su dormitorio.

Apenas había cerrado la puerta, cuando un agudo y terrible grito vibró por todo el caserón haciéndole dar un salto.

Saltó hacia el pasillo en el instante en que Ronald Howard aparecía también.

—¿Qué infiernos fue eso? —exclamó el dueño de la casa.

—¡Que me ahorquen si lo sé! Pero ha sonado claramente… al

parecer desde la planta baja…

—¡Escucha…!

Oyeron unos pasos que se precipitaban escaleras arriba. Ronald Howard dio un manotazo a la llave de la luz y todo el amplio pasillo se iluminó violentamente.

Varias puertas estaban abriéndose. El profesor Veransay apareció sujetándose el cinturón de su bata de noche.

La opulenta rubia asomó la cabeza desde el final del pasillo y dijo, casi histérica:

—¿Quién gritó de ese modo…?

Pauline se limitó a salir de su cuarto, situado al lado del dormitorio de la rubia. Su mirada brillante se cruzó con la perpleja de Dan, pero no dijo nada.

James apareció en las escaleras jadeando como un fuelle. Él también estaba vestido con pijama y una gruesa bata.

Cautelosamente, Alex Dawson se asomó.

—Oí un grito —balbuceó—. ¿Quién…?

—Quizá James pueda explicárnoslo —rezongó el dueño de la mansión—. ¿Fuiste tú quién escandalizó de ese modo?

—Sí, señor…

Respiraba de un modo angustioso después de su carrera saltando los escalones hacia arriba.

—¿Por qué diablos…?

—Estaba fuera, señor… lo vi a través de los cristales cuando me disponía a cerrar los cortinajes…

—¿Qué cortinajes, qué fue lo que viste? Estás hablando en acertijos, James.

Éste tragó saliva. Se advertía el esfuerzo que realizaba para calmarse.

Al fin explicó:

—Después de encontrar al señor Marlow en el bar, pensé que debía realizar un breve recorrido por la planta baja para asegurarme que todo estuviera en orden. Ya sabe… el viento, en ocasiones, abre una ventana mal asegurada… Fue en el salón. Más allá de los cristales estaba aquella cosa blanca…

—¿Qué cosa? Y no vayas a decir que viste un fantasma, James, porque te arrojaré escaleras abajo.

—No sé lo que era, señor… Me pareció una mujer envuelta en

algo blanco… algo que no eran más que harapos. Estaba empapada de agua y caminaba despacio, alejándose. Toda ella era blanca…

—¿Y por eso gritaste, sin saber siquiera lo que estabas viendo, si es que viste algo en realidad?

—Eso no es todo, señor…, aquella cosa blanca llevaba un cuchillo en la mano. Un cuchillo que goteaba rojo.

—Ahora estás llegando demasiado lejos, James.

El criado sacudió la cabeza de un lado a otro, lívido y tembloroso.

—La luz del salón —dijo—, se desbordaba más allá de los cristales. Vi chispear la lluvia bajo la luz, y en el suelo… en el suelo vi lo otro. Fue cuando grité.

Dan Marlow encendió un cigarrillo. Por el rabillo del ojo vio la crispada expresión del rostro sombrío del profesor Veransay, y el temblor de Alex Dawson mientras escuchaban el entrecortado relato de James.

Howard se impacientaba.

—¡Maldita sea, James! —estalló—. Acaba de una vez.

—La… la cabeza, señor.

—¿Qué cabeza?

—La de un hombre… tirada sobre la tierra… La vi tan claramente como les veo a ustedes… con la lluvia cayendo sobre sus ojos abiertos… llenándole la boca…

Temblaba tanto que intentó sujetarse una mano con la otra.

Para entonces, Dan Marlow saltaba los peldaños a riesgo de romperse la crisma.

Howard no podía creerlo.

—¿Qué infiernos has bebido esta noche, James? —Barbotó—. ¡La cabeza de un hombre! A quién se le ocurre…

—¡Le juro que es verdad, señor!

Abajo, una puerta golpeó cuando Marlow se precipitó hacia el gran salón.

Veransay murmuró:

—Desde que llegué aquí advertí una presencia maligna… incontrolable. Pero no imaginé que pudiera desencadenarse nada sangriento…

—No me diga que cree esta sarta de insensateces, profesor —bufó el anfitrión.

—Se equivoca. Estoy seguro de que su sirviente no ha dicho más que la verdad.

—¿Es que se han vuelto todos locos? ¡Marlow!

Desde abajo, la voz de Dan llamó:

—Mejor será que baje usted, Ronald.

Le vieron aparecer al pie de las escaleras arrancando una nube de humo del cigarrillo.

Desde allí añadió:

—Sería preferible que las mujeres se quedasen en su cuarto. No es nada agradable de ver.

—¿Quieres decir que… que «eso» está ahí?

—Seguro. James ha dicho la verdad.

Reinó un profundo silencio, sólo turbado por las agitadas respiraciones. Después, la opulenta rubia lanzó un gritito y entrando en su cuarto cerró la puerta de golpe.

Veransay se encaminó a los escalones y Howard gruñó:

—Ya oíste a Marlow, Pauline. Espéranos en tu habitación. O reúnete con Melita si su compañía ha de tranquilizarte. ¿Nos acompañas, Alex?

Lívido, el aludido asintió desmayadamente. Cerró la puerta de su habitación y siguió a los otros escaleras abajo hacia el salón.

A pesar de las circunstancias, James se ocupó inmediatamente de avivar el casi extinguido fuego de la chimenea, mientras los demás hombres se agolpaban junto a los cristales del ventanal.

La cabeza estaba en el suelo, dentro del rectángulo de luz que se desbordaba al exterior. Era una carátula horrible porque había sido salvajemente cercenada del tronco y las facciones estaban espantosamente distorsionadas.

—No veo el cuerpo por ninguna parte —gruñó Marlow—. Habrá que salir a buscarlo, y llamar a la policía cuanto antes, Howard.

—Es inaudito…

Dan murmuró:

—Me gustaría saber quién era ese desgraciado y qué estaba haciendo ahí fuera a estas hora de la madrugada… ¡James, acérquese, por favor!

A regañadientes, el aludido caminó paso a paso hacia la ventana. Dan señaló la cabeza y gruñó:

—¿Lo había visto usted alguna vez? Vamos, mírelo sin miedo.

No va a morderle.

—Es que… resulta tan espantoso…

—Ya lo sé. Pero trate de reconocerlo, aunque es difícil con las facciones tan crispadas que le desfiguran.

El sirviente acabó obedeciendo. La visión del espeluznante despojo le dio pánico y náuseas, pero se esforzó por seguir mirándolo hasta que balbuceó echándose atrás:

—Creo… se parece al mensajero, señor… El hombre que trajo la carta para el señor Dawson…

Éste ahogó un quejido y se derrumbó sobre una butaca.

Sin más comentarios, Dan Marlow fue hacia la mesa y descolgó el teléfono.

CAPÍTULO VI

Habían tenido tiempo sobrado de vestirse y reunirse otra vez en el salón, alrededor de la lumbre. Alguien había corrido los pesados cortinajes para evitar que Pauline y Melita vieran el atroz espectáculo.

Pálido aún, James acababa de servir café en abundancia cuando llegaron los policías del condado. El sargento Chelan, a quien acompañaba un agente muy joven llamado Archer.

Ronald Howard cumplió con el trámite de las presentaciones y tras esto explicó lo sucedido.

Oyéndolo contar con su voz desapasionada la cosa no parecía tan horrible. El sargento le escuchó hasta el final sin interrumpirle ni una sola vez.

Luego, dijo:

—Una cosa así no había sucedido nunca en nuestro condado, señor Howard. ¿Nadie tocó nada allá fuera?

—Ni siquiera nos acercamos a la cabeza, sargento, por temor a borrar posibles huellas. Sólo salimos para localizar el cuerpo de ese hombre, que estaba al otro lado del seto. Usted mismo podrá verlo. En cuanto a la cabeza está ahí, al pie de la ventana.

Descorrió los cortinajes y se echó a un lado dejando todo el sitio para los policías.

Los dos se pegaron a los cristales en medio del denso silencio turbado sólo por el crepitar de las llamas.

El sargento se volvió poco a poco con una mirada perpleja en su rostro recién afeitado.

—¿Qué es lo que dice usted que había ahí fuera, señor Howard?

—Usted mismo acaba de verlo…

—Quizá fuera mejor que mirasen ustedes. Yo no veo más que un suelo encharcado.

Un escalofrío les recorrió a todos. Marlow fue el primero en llegar a la ventana y mirar al exterior.

Efectivamente, allí no había nada.

La cabeza había desaparecido.

Por unos instantes quedaron paralizados de estupor. Las dos mujeres, que no se habían movido de las cercanías del fuego, aguardaban casi conteniendo el aliento.

—¡Se la han llevado! —jadeó Dawson.

—Supongo que ninguno de ustedes ha salido de aquí después de llamamos, ¿no es así, señor?

La voz del sargento sonaba ahora mucho más dura.

—En absoluto —replicó Howard—. Sólo James ha ido y venido desde la cocina para servir el café.

—¿Quién más hay en la casa?

—Sólo dos sirvientas y no creo que sospeche de ellas, sargento.

—Cálmese, no sospecho de nadie en realidad. Sólo trato de orientarme. Según ustedes, el hombre muerto, o por lo menos la cabeza que aseguran haber visto, era la del mensajero que trajo una carta para el señor Dawson. ¿Es así?

—Ciertamente.

—¿Le conocía usted, señor Dawson?

—No, ni siquiera llegué a verlo. Cuando acudí al vestíbulo él se había ido dejando la carta sobre una mesa.

—Una conducta un tanto excéntrica… ¿Tampoco le reconoció al ver la cabeza?

—En absoluto.

—Si hubiese sido alguien de Midland posiblemente usted lo tendría visto, señor Howard. O usted, James…

El criado sacudió la cabeza.

—Le vi perfectamente cuando trajo la carta y le hice entrar al vestíbulo. Nunca antes le había visto ni en Midland ni en ninguna otra parte.

—Un forastero. Pero todo esto no tiene el menor sentido para mí —refunfuñó el sargento—. ¿Están seguros que era una cabeza humana?

Marlow expelió el humo del cigarrillo con fuerza.

—Por mi parte no me cabe ninguna duda.

—Pudiera tratarse de una condenada broma de pésimo gusto…

Ya saben, la cabeza de un muñeco de tamaño natural o algo así.

—¿Y el cuerpo decapitado? No nos acercamos a la cabeza, pero sí al cuerpo. Por favor, sargento, no crea que el miedo nos hizo ver lo que no existía.

—Disculpen, estoy eliminando posibilidades. Mejor será que uno de ustedes nos muestre el lugar donde encontraron el cuerpo. Creo que con uno sólo será suficiente para pisotear menos el suelo.

—Yo iré —decidió Marlow arrojando el cigarrillo a la chimenea.

Su mirada se encontró con los ojos azules de Pauline. La muchacha le sonrió y él dijo en un susurro:

—La próxima vez no escaparás tan fácilmente, linda…

Se fue tras los policías.

Había dejado de llover, pero el viento continuaba agitando las copas de los árboles, arrancando quejidos al ramaje y estremeciendo los arbustos del chorreante jardín.

El cuerpo yacía tal como lo vieran la primera vez, tirado junto a un bien recortado seto. Llevaba aún el oscuro impermeable de que hablara James y estaba desmadejado, semejante a un muñeco.

La horrible herida que coronaba los restos de la garganta estaba extrañamente limpia por el agua caída.

Estuvieron mirándolo unos instantes en silencio. Luego, bajo la potente luz de una linterna eléctrica, el sargento se agachó para tantearle los bolsillos.

No encontró nada en ellos, ni siquiera tabaco, ni llaves.

Nada en absoluto.

Estuco casi quince minutos examinando el suelo en tomo al sangriento despojo. Después, desalentado, dijo:

—Si hubo huellas, la lluvia las borró antes de cesar. Hábleme de esa misteriosa forma blanca que el criado dice que vio… ¿Qué opina usted que era, Marlow?

—El piensa que se trataba de una mujer envuelta en harapos blancos, empapada de agua. Pero juzgando por como dice que se movió y por lo poco concreto que es al hablar de ella, cualquiera creería que se trataba de una visión, un fantasma o algo así.

—Sólo que eso no nos sirve en absoluto. Habría que oír al *coroner* si pusiera en mi informe que fue una aparición lo que depositó la cabeza bajo la ventana, llevándosela después…

Regresaron hacia la casa silenciosamente.

—Por lo menos, el cuerpo sigue en el mismo lugar —anunció el sargento—. Habrá que identificarlo mediante las huellas dactilares y entonces quizá podamos saber algo más. En cuanto a la carta que trajo, señor Dawson, quisiera verla.

Alex sacudió la cabeza.

—La quemé —dijo, sombrío.

—¡Caramba! ¿Por qué?

—Se trataba de una broma de mal gusto, eso es todo.

—¿Sabe usted por lo menos quién se la envió?

Dawson tardó ahora en responder. Pero no podía ocultar la verdad al sargento porque todos los que estaban allí sabían de la imposible procedencia de la carta.

—Aparentemente —dijo al fin—, era una carta de mi esposa.

El sargento dio un respingo.

—¿De su esposa? —bufó, incrédulo.

—Por eso le dije que se trataba de una broma de mal gusto.

—¿Estaba escrita a mano?

—Sí…

—Usted debería ser capaz de reconocer la letra de su difunta esposa, creo yo.

—Confieso que en el primer momento pensé que era su letra… Sólo que se trataba de una falsificación, por supuesto.

—¿Recuerda usted el texto?

—No tenía ningún sentido. Y prefiero no hablar de eso.

El sargento le observó unos instantes con el ceño fruncido.

Era fácil adivinar que estaba sumido en el más absoluto desconcierto. Dan incluso sintió una cierta compasión por él, porque un caso como el que acababa de caerle entre manos desbordaba por completo las facultades de ese policía rural, como hubiera desbordado las de muchos de sus colegas con más experiencia en delitos de sangre.

Volviéndose hacia el agente, el sargento dijo:

—Salga fuera y vigile el cadáver. Voy a llamar para que vengan a recogerlo. Luego, cuando amanezca, buscaremos la cabeza. Apuesto que estará tirada en cualquier rincón del jardín.

El joven Archer asintió y abandonó la estancia.

Cuando hubo salido, la voz profunda del profesor Veransay murmuró:

—No la encontrarán allá fuera, sargento…

Éste se volvió en redondo.

—¿Cómo dijo? —saltó.

—Esa cabeza… puedo captar su proximidad.

—¿Qué?

Un escalofrío recorrió a cuantos sabían quién era Veransay. Al sargento sólo le desconcertó.

—Me temo que no comprendo sus palabras, señor… Tampoco recuerdo su nombre. Tengo una memoria detestable.

—Karl Veransay, sargento.

—Ah, sí… señor Veransay. ¿Sería tan amable de aclararme sus palabras, por favor?

—Sería largo y prolijo explicarle ahora mis facultades. Sepa tan sólo que «siento» la proximidad de ese despojo… La cabeza está dentro de esta casa. Estoy seguro.

Las exclamaciones que corearon su afirmación fueron todo un mosaico de inquietud.

Howard gruñó:

—Profesor, debe admitir que sus palabras son por lo menos temerarias… está sembrando una terrible duda entre nosotros, puesto que si está en lo cierto, alguien debe haberla traído aquí.

—Eso es indiscutible —convino Veransay sin alterarse.

—¿Quién? Y lo que es más importante, ¿dónde está, según usted?

—Lamento no poder ser más concreto al respecto. Unicamente capto su presencia en la casa, eso es todo. Sé que está aquí pero ignoro en qué lugar.

El sargento comenzaba a perder la ecuanimidad.

—Quizá para ustedes esto tenga alguna lógica, pero resulta absurdo para mí. ¿Qué significa eso de que usted «siente», o «capta» la presencia de la cabeza cortada?

Howard habló cuando se dio cuenta de que el profesor no pensaba hacerlo.

—El señor Veransay posee facultades… digamos extrasensoriales, sargento.

—Sigo en la misma oscuridad. ¿Quiere decir tal vez que es un hipnotizador, un adivinador del pensamiento o algo así?

Suavemente, Veransay dijo:

—Algo así, ciertamente.

—Eso es lo único que me faltaba —se lamentó.

—Entre todos podemos registrar la casa —propuso Dan—. Si el profesor está en lo cierto no ha de resultar difícil encontrarla.

Dawson se registró los bolsillos con gestos nerviosos.

—Olvidé los cigarrillos arriba, Marlow —dijo.

Dan le ofreció el paquete distraídamente.

—¿Qué dice usted, sargento, empezamos?

—Creo que es lo único que podemos hacer aunque sólo sea para salir de dudas. A menos que usted tenga algún inconveniente, señor Howard.

—En absoluto.

El propio sargento, tras orientarse sobre la distribución de la enorme residencia, distribuyó las zonas para cada uno de los hombres, mientras las dos mujeres decidían quedarse en el salón para aguardar el resultado.

Alex Dawson apuró el cigarrillo y murmuró:

—Nos encontraremos arriba con usted, Marlow. Voy a buscar un paquete de tabaco.

—De acuerdo. Usted y yo registraremos un lado de pasillo cada uno.

El propio Veransay se levantó dispuesto a colaborar. Parecía más sombrío que nunca cuando se encaminó a la puerta silenciosamente.

Antes que llegara a ella, sobre sus cabezas sonó un aullido y un golpe sordo. El alarido fue breve y agudo, cargado de terror.

Dan exclamó:

—¡Dawson!

Y echó a correr.

Los hombres le siguieron atropelladamente escaleras arriba.

La puerta de la habitación de Dawson estaba abierta de par en par, y él aparecía caído en el umbral.

¦ El sargento llegó resoplando y se inclinó sobre el cuerpo rígido e inmóvil.

—Está vivo —jadeó.

Dan miró por encima de él. Él no gritó, pero algo muy duro se agolpó en su garganta ante el horrendo espectáculo.

En la cama, destacando sobre las blancas sábanas, la cabeza

cercenada parecía mirarles con sus ojos vidriosos y desorbitados. Estaba allí de cara a la puerta, como una cosa viva y horrible surgida del fondo de una pesadilla, con la boca torcida en una mueca trágica. La lluvia había pegado los escasos cabellos en torno a la cara y había manchas de barro en ellos.

Evidentemente, Dawson no había podido soportar aquel horror.

Dan empezó a preguntarse por qué todo el misterio parecía centrarse en el pobre Dawson.

Volviéndose, vio a Veransay que miraba impasible la horrible cabeza. Sintió deseos de preguntárselo a él.

CAPÍTULO VII

Los policías se marcharon mediada la mañana del domingo.

Tras su partida, Dan Marlow comentó ceñudo:

—Saben tanto como a su llegada anoche. Resumiendo: Nada.

Pauline se arrebujó en su abrigo. El aire era frío pero las nubes comenzaban a disgregarse y un sol tímido asomaba por las aberturas.

—Todos estamos muy excitados, Dan —murmuró—. No puedes culpar al pobre sargento por su fracaso. Ni Sherlock Holmes hubiera sacado nada en claro de cuanto sucedió.

Paseaban por el parque de la residencia. Los senderos de grava serpenteaban entre la vegetación. El aire susurraba entre el follaje desprendiendo gotas de agua de las recientes lluvias.

Dan rodeó la cintura de La muchacha con su brazo y la atrajo hacia sí. Trató de sonreír y dijo:

—Se confabularon contra nosotros, cariño. En otras circunstancias la cosa no habría terminado con una simple sesión de besos inocentes.

—¿A qué diablos llamas tú besos inocentes? —protestó Pauline.

—La situación era ideal —siguió él sin hacerle caso—. Tú y yo éramos los únicos seres verdaderamente jóvenes en todo este inmenso caserón y yo hubiera podido seducirte con facilidad. Tú habrías correspondido incapaz de resistirte y…

—No sigas —le atajó la muchacha riendo—. Un poco más y habré de pensar que todas las cosas horribles que sucedieron fueron justamente provocadas para preservar mi actitud.

—No estoy muy seguro de que no fuera así.

Se detuvieron y él la abrazó contra su pecho. Inocentes o no, los besos estallaron otra vez en medio del silencio del parque.

Cuando Pauline consiguió librar su boca y respirar él dijo:

—En Londres todo será distinto. Allí no podrás contar con la ayuda del crimen y el misterio para huir de mí.

—Nadie ha dicho que yo desee huir de ti.

Él la miró al fondo de sus ojos azules.

—No podrías escapar aunque quisieras —dijo convencido—. Ya decidí anoche nuestro futuro y no voy a rectificarlo por nada de este mundo.

—De modo que tú lo decidiste.

—Hasta el más mínimo detalle. Lo único que te dejo elegir es tu vestido nupcial.

Ella se echó a reír.

—No recuerdo haber escuchado ninguna proposición de matrimonio.

—¿Qué importa una ligera formalidad más o menos? El caso es que te cases conmigo.

—Estás loco, Dan Marlow.

—Completamente de acuerdo.

La besó de nuevo. Hubieran podido seguir perdidos en el parque el resto del día y no lo habrían lamentado en absoluto.

Era la hora de la comida cuando entraron en la casa. Reinaba un ambiente tenso y sombrío y en la mesa apenas si nadie mostró deseos de hablar.

Después, en el salón donde se sirvió el café, Ronald Howard dijo:

—Quisiera encontrar palabras para expresar mi pesadumbre por todo lo sucedido y que ha ensombrecido lo que, en otras circunstancias, pudo ser un agradable fin de semana.

Alex Dawson no despegó los labios. Sólo Melita exclamó:

—No es culpa suya, Howard… Nos reuniremos otras veces y el profesor podrá hacernos más demostraciones emocionantes. ¿No es cierto, profesor Veransay?

El lúgubre personaje la miró con rostro inexpresivo.

—Creía —dijo—, que había tenido usted excitaciones más que suficientes con todo lo que ha pasado, señora.

—Oh, por supuesto. Pero sabe usted bien a qué me refiero… Sus explicaciones de anoche, su demostración de ese poder que posee… Resultó tan fascinante que estoy impaciente por proseguir las experiencias.

—¿Sólo para divertirse?

Ella parpadeó. El tono cortante de la voz de Veransay la desconcertó por unos instantes.

Howard terció:

—Por supuesto.

—Amigo Veransay… ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—Estamos a punto de separarnos, de modo que puede usted responderla con entera franqueza. Esos poderes suyos, ¿cree realmente que proceden del más allá?

—El más allá es una expresión sumamente inconcreta, amigo mío. Nebulosa más bien. ¿O no se atreve a formular su pregunta tal como la piensa?

Howard disimuló un conato de turbación.

—¿Cómo la pienso según usted?

—Está impaciente por preguntarme si yo creo realmente que mis poderes proceden del diablo. No se sobresalte, amigo Howard. Acostumbro a llamar cada cosa por su nombre. ¿Es eso lo que deseaba preguntarme?

—Ni más ni menos, profesor.

—Bien, hablando con sinceridad, le diré que yo estoy convencido de que es así en efecto. Todo mi poder, todas las asombrosas facultades de que dispongo, la incomprensible clarividencia de mi mente, proceden del poder diabólico de Satán.

Dan sintió tentaciones de echarse a reír, pero se abstuvo ante la tensa seriedad de los demás.

Howard carraspeó.

—Debe haber tenido experiencias suficientes para llegar a tan rotundo convencimiento.

—Las tuve. Experiencias que habrían encanecido a un ser normal. Esas experiencias me indujeron a fundar la secta que dirijo cuyos miembros son cada día más numerosos.

Melita saltó:

—¿Y hace esas emocionantes demostraciones ante todos ellos?

—Señora, cuando nos reunimos es para celebrar ceremonias más serias de lo que pueda imaginar. Temo que usted se aburriría en ellas.

—Entonces, ¿qué es lo que hacen?

Veransay sugirió con voz burlona:

—¿Por qué no se decide a asistir a una de nuestras reuniones, señora?

Dan Marlow gruñó:

—Se me ocurre que eso podría resultar interesante.

Los ojos llameantes del profesor giraron hacia él.

—Cualquiera de ustedes será bien recibido en todo momento, Marlow.

—¿Y veremos al diablo en persona?

—Temo que usted tampoco ha penetrado en la raíz de cuanto se ha hablado desde mi llegada. Ya dije que tenía usted una mente demasiado lógica. Serían precisos hechos realmente sobrehumanos para que creyera…

—Incluso con esos hechos, trataría de analizarlos antes de rendirme a su fanatismo. Eso aparte, insisto en que el fenómeno de mover objetos a distancia no significa que el diablo le haya prestado sus poderes sobrehumanos.

Veransay suspiró, cansado de la discusión al parecer. De pronto, su mirada diabólica se clavó en Pauline y le espetó:

—¿Quiere prestarse a una pequeña demostración, señorita Brand? Le garantizo que no tiene nada que temer.

La muchacha se estremeció. Miró fugazmente a Dan y susurró:

—No, profesor; lo siento, pero no tengo suficiente valor.

—¿Y usted, señora?

Melita Larson dio un respingo.

—¿Yo?

—¿Tiene miedo?

—¡Pues claro que tengo miedo! ¿Qué quiere que haga?

—Usted no debe hacer nada…, sólo relajarse sentada como está.

Howard trató de intervenir.

—Oiga, profesor, no creo que…

Pero Melita se había excitado y exclamó:

—¡Pero si no me importa, Ronald! Siga, profesor…

—Cierre los ojos. Eso es todo lo que tiene que hacer. No se mueva, no hable…

Instintivamente, Pauline aferró la mano de Marlow. Ambos miraban a Veransay y a la opulenta rubia que continuaba con los ojos cerrados.

El profesor permanecía quieto, como si tratara de aislarse de

cuanto le rodeaba.

Pasó más de un minuto en una creciente tensión. Luego, suavemente, Melita se levantó de la butaca y quedó de pie, rígida como una tabla, con las manos pegadas a lo largo del cuerpo.

Veransay se acercó a ella.

—¿Oyes mi voz? —susurró.

Melita no movió ni un músculo. No respondió tampoco.

Dan gruñó:

—¿Hipnotismo, profesor?

Veransay no pareció oírle siquiera. Había cerrado los ojos y su cuerpo huesudo estaba casi tan rígido como el de la mujer.

Al fin, el profesor alargó los brazos disponiéndose a tomar en ellos la petrificada figura de Melita.

Dan enarcó las cejas, porque aquella mujer pesaba lo suyo y Veransay no parecía ser una gran cosa físicamente.

Sólo que ahí se engañaba. Lo vio levantar el cuerpo de Melita con asombrosa facilidad. Sosteniéndola en vilo la colocó horizontalmente levantándola a la altura de su propio rostro en el que brillaban pequeñas gotas de sudor.

Sus labios se movieron, como si estuviera en trance. Una voz ronca, cavernosa como si procediera de las profundidades de la tierra, surgió de ellos y apenas si entendieron parte de su extraño murmullo.

—Te lo ordeno…, estoy aquí y te sostengo…, te lo ordeno…

Poco a poco, el profesor retrocedió como si flotara sobre el suelo…

Sólo que en realidad fue Melita quien quedó extendida en el aire cual si estuviera sostenida por maromas invisibles. Las manos de Veransay estaban cada vez más lejos de ella de modo que ya nada soportaba su peso, nada la sujetaba.

Sin la menor duda flotaba materialmente en el espacio, inmóvil, rígida…

Pauline no pudo contener un débil grito de espanto.

Marlow desprendió su mano de los dedos suaves que le apresaban y adelantándose se plantó al lado del cuerpo flotante.

Veransay dijo con voz lejana:

—Examínela…, mi poder la sostiene tanto tiempo como quiera.

Abrió los ojos y los clavó en el joven. Esbozó una sombra de

sonrisa sardónica.

—¿Asombrado, Marlow?

—Confieso que si…, es un fenómeno increíble si no estuviera viéndolo.

—Y ella, ¿no siente nada, no sufre ninguna molestia?

—En absoluto. En ese estado se halla en otra dimensión… bajo el influjo del poder que me ha sido dado. En otras ocasiones, ese estado de perfecta levitación ha servido para que un médium sirviera de enlace con los seres que ya no existen…

—¡Levitación! —exclamó Dan—. Ésa es la palabra.

—Piénselo.

Dawson miraba fascinado aquel cuerpo capaz de flotar en el aire con tan escalofriante facilidad.

Howard empezaba a inquietarse, y Pauline, por su parte, no lograba sustraerse al temor que sentía.

Entonces, como si surgiera de la nada, pareció como si un viento helado llenara la estancia. Veransay dio un respingo y susurró:

—¡Silencio! Ha llegado…, hay alguien aquí…

Marlow achicó los ojos que no se apartaban de Melita.

Y entonces vio moverse los rojos labios que hasta entonces estuvieran tensos como el resto del cuerpo.

Al principio ningún sonido brotó de ellos. Después, una voz espeluznante, de una potencia increíble, retumbó por toda la estancia igual que un trueno rebotando en las profundidades de una inmensa caverna.

La voz les sacudió a todos como un latigazo.

Y formuló palabras…

—«Estoy aquí, Alex…, aquí…».

Cada palabra, cada sílaba rebotó contra las paredes y después se extinguió con un ronco susurro.

Veransay pareció quedar, clavado en el suelo, mientras Marlow se volvía vivamente hacia Dawson. La transformación del rostro de aquel hombre casi le arrancó un grito de estupor, porque estaba descomponiéndose ante su mirada, rebosante de terror, de agonía, hasta quedar convertido en una máscara lívida y espeluznante.

Y de repente sus piernas se doblaron y cayó como herido por un rayo.

Librándose del absoluto asombro que le poseía, Dan se precipitó

hacia Dawson. Ayudado por Howard lo levantó en una butaca. Respiraba con violentas sacudidas, como si se ahogara.

Irguiéndose, el dueño de la casa farfulló:

—Termine con esto, profesor. Creo que ha ido demasiado lejos.

—Yo no…, no pretendí que sucediera nada semejante.

Se volvió hacia el flotante cuerpo de la mujer. Melita siguió unos instantes más inmóvil, pero cuando Veransay colocó sus manos bajo el cuerpo, éste pareció relajarse. Suavemente, el profesor la depositó en la butaca que ocupara antes y apartándose gruñó:

—Lamento haber accedido a sus insistentes demandas, le doy mi palabra, señor Howard.

Melita parpadeó, como si despertara de un simple sueño. Miró a todos y se asombró al ver desvanecido a Dawson.

—¿Qué sucedió? Temo que me perdí lo que fuera que usted hizo, profesor…

Marlow se inclinó sobre ella.

—¿De veras no recuerda usted nada? —preguntó.

—En absoluto. Sólo una sensación de frío… ¿Qué le pasa a Alex?

—Se desvaneció. —Dan volvióse hacia Veransay—. ¿Qué significa esa voz, por qué impresionó tanto a Dawson?

—No lo sé. Le juro que lo ignoro.

—¿Cómo demonios puede ignorarlo si usted lo provocó?

—Mire, ya les dije que un cuerpo en el estado de absoluta levitación se convierte en fácil receptáculo para la comunicación con el más allá… Una fuerza superior a la mía le ha poseído por unos instantes.

—¿Un espíritu quiere decir?

—Eso mismo, Marlow. Y me importa un comino que usted lo crea o no. Repito que lamento lo sucedido. Discúlpeme.

Giró sobre los talones y abandonó la estancia.

Melita exclamó:

—Pero, bueno, ¿alguien quiere explicarme qué pasó?

Nadie le prestó atención. Dawson jadeaba y de pronto abrió los ojos con una mirada de espanto y miró los rostros que le rodeaban llenos de inquietud.

Dio un salto en la butaca y chilló:

—¡Estaba aquí, Ronald!

—Tranquilízate…

—¡Todos la oyeron! ¿No es cierto? Dime que tú también la oíste o me volveré loco. O quizá me vuelva loco precisamente por haberla escuchado…

—Oímos una voz, ciertamente.

—Geraldine…

—No desvaríes ahora. Geraldine murió hace meses.

—Estaba ahí… como anoche, sólo que entonces no pude entender sus palabras… Ella dejó las huellas en mi cuarto…

Temblaba como sacudido por un ataque de fiebre.

De repente, Pauline dijo resueltamente:

—Voy a preparar mi maleta. ¿Querrás llevarme de vuelta a Londres, Dan?

—Por supuesto.

Ronald Howard suspiró.

—No te lo reprocho —dijo con una breve sonrisa—. Temo que nada de todo esto haya resultado como yo deseaba.

Los dos jóvenes abandonaron el salón. Media hora más tarde, el coche de Marlow abandonaba la residencia dejando atrás el desconcierto en unos y el terror más absoluto en Dawson…

CAPÍTULO VIII

El martes por la mañana Dan Marlow descolgó el teléfono y disco el número de cierto químico analista.

—Aquí Marlow —dijo—. ¿Tiene algo concreto para mí?

—Naturalmente, aunque se trata de un análisis incompleto.

—¿Y bien?

La voz dijo a través del auricular:

—Sin ninguna duda, las muestras que usted me trajo pertenecen a cierta especie de liquen acuático, tal como ya sospechaba.

—¿Cuánto tiempo cree usted que ha transcurrido desde que fue extraído del agua?

—No más de cuarenta y ocho cuando me lo entregó, ayer.

—¿Le importaría detallar todo por escrito? Yo pasaré a recoger el informe esta misma tarde.

—Por supuesto, pero he de terminarlo aún.

—A mí me parece que está muy claro.

—Falta determinar el origen del liquen. Hay millares de familias diferentes de esa planta y cada una se desarrolla en distintas aguas y a muy variadas profundidades.

—Comprendo, y puede resultar un dato de suma importancia.

—Creo que estaré en condiciones de entregarle el informe completo a última hora de esta tarde.

—De acuerdo.

Colgó y encendiendo un cigarrillo se detuvo junto al ventanal del estudio, pensativo, reflexionando profundamente.

Al fin salió y en la calle anduvo bajo la humedad de un día gris y sombrío que envolvía Londres en un oscuro sudario.

Se detuvo frente al templo y titubeó antes de decidirse a entrar. Cuando lo hizo sintió cierto temor al ridículo ante la incertidumbre de cómo le recibiría el sacerdote.

Éste era un hombre de mediana edad, ojos vivos, cabeza en la que el cabello había desertado en su mayor parte, y ademanes que a Dan le recordaron los de un pájaro.

—¿Qué puedo hacer por usted, amigo mío?

Dan carraspeó.

—Ahora que estoy aquí, padre, no creo que pueda hacer nada. La cosa parecía mucho más sencilla a distancia.

—Temo que no he comprendido una sola palabra de este crucigrama…

El sacerdote sonrió.

—Creo que debo empezar por el principio. Mi nombre es Marlow, soy escritor y desde el pasado fin de semana estoy perdido en un mar de dudas.

—Marlow, ¿eh? He leído algunas cosas suyas.

—¿Qué, usted?

El sacerdote se echó a reír.

—En buena ley debiera echarte un sermón tremebundo y amenazador. Pero debo confesar que he pasado horas muy divertidas con esas historias de misterio. Aunque opino que saldrían ganando suprimiendo algunas páginas, digamos, inflamatorias.

—Bueno, jamás imaginé que un cura se divirtiese leyendo mis relatos.

—Digamos que su lectura representa mi carlita al aire —dijo el sacerdote riendo divertido—. Y ahora, veamos cuál es tu problema, hijo.

—Verá, se trata de alguien a quien conocí este pasado fin de semana. Quizá usted haya oído hablar de él. Se hace llamar profesor Veransay.

El sacerdote dio un respingo.

—Algo ha llegado a mis oídos. ¿Le conociste?

—Sí. Y sucedieron algunas cosas que me preocupan.

—Bien, adelante.

Rápidamente, Dan relató lo sucedido con relación a Veransay y todo lo demás.

Al terminar dijo:

—El asegura que sus poderes proceden del demonio. ¿Qué opina usted, padre?

Ahora, el sacerdote ya no reía.

—Dime una cosa primero… ¿Eres creyente?

—Mucho me temo que no.

—¿Fuiste bautizado?

—Sí, aunque es algo que nunca me preocupó.

—Comprendo. Eres sincero en ese aspecto. No crees en el cielo ni en el infierno si te he comprendido bien…

—Así es.

—En ese caso, ¿por qué estás preocupado ante la posibilidad de la existencia del demonio en relación con ese hombre? Es una flagrante contradicción por tu parte.

—Mire, yo creo que Veransay es un farsante. Con poder hipnótico sin duda, pero un farsante. Pero vi algunas cosas que me hacen dudar. Por ejemplo: los cajones que salieron disparados de la mesa sin que nadie los tocara… Los cortinajes agitándose violentamente. Y la butaca en la que estaba sentada una muchacha deslizándose por sí sola.

—No cabe duda que debió ser asombroso…

—Decir eso es decir poco. He leído algo referente a los endemoniados de la edad media, a los exorcismos. En la mayoría de los casos, en la casa donde moraba un endemoniado los objetos se desplazaban por sí solos, haciéndose añicos. Los muebles se derrumbaban…

—Ciertamente. ¿Qué otras cosas viste, Marlow?

—Un fenómeno de levitación.

—¿Cómo?

Contó los detalles de la extraña experiencia y añadió al terminar:

—Ya sé que la levitación no es ningún fenómeno sobrenatural, por lo menos no es admitido como tal en todas sus consecuencias. Aunque usted debe saber mucho más que yo al respecto…

—Si te refieres a que para conseguir la levitación de un cuerpo se necesitan poderes ultra terrenos, estás en lo cierto. En la iglesia se han dado casos de hombres con un poder de concentración espiritual. Pero entiendo que no fue eso lo que viste, sino un cuerpo colocado en el aire por otra persona.

—Y previamente hipnotizado según creo.

—Ya… Verdaderamente, ¿crees que un personaje tan serio como es el demonio se entregaría a esta clase de juegos?

—En primer lugar, yo no creo nada. He venido a hacerle unas preguntas abusando de su amabilidad.

—Yo sí creo, hijo. En Dios por encima de todo. Pero también en el Maligno. Existe y está al acecho. Incluso estaría dispuesto a creer en algún determinado caso de posesión diabólica. Pero me resisto a creer que ese hombre, Veransay, posea la facultad de utilizar los poderes de Satán cuando se le antoja. El diablo no se prestaría a semejante juego. Muy al contrario.

—¿Qué quiere decir?

—Satanás. Luzbel, o como quieras llamarle, es el espíritu del mal absoluto. Su misión es corromper y obtener la condenación de los seres humanos. Podría darte todo un curso de esta materia para hacerte comprender hasta qué punto es serio todo lo que se relaciona con el Maligno… Pero me limitaré a decirte algo más concreto. Yo creo que si ese tal Veransay poseyera ciertas facultades sobrenaturales, el diablo no se mostraría precisamente de acuerdo con él. Sólo los tontos menosprecian el poder del mal.

—O sea, que Veransay es un impostor.

—Yo no he dicho nada tan tajante. Debería conocerle primero para juzgar con conocimiento de causa. Lo que sí afirmo, es que si él cree realmente en los poderes satánicos está cometiendo un grave error al provocar quizá la ira del Espíritu Maligno.

—Bien, pero sigue existiendo el misterio de los cajones que saltaron fuera de la mesa, y de los cortinajes, y la butaca atraída por una fuerza terrible.

—Psicoquinesia —dijo suavemente el sacerdote.

Dan pegó un respingo en la silla.

—¡Debí pensarlo antes! —exclamó—. He leído sobre esa ciencia…

—No es una ciencia en realidad —replicó el sacerdote con buen humor—. La psicoquinesia se basa exclusivamente en el poder de concentración. Se sabe que el cerebro humano es capaz de emitir poderosas hondas mentales. Concentrando todo el poder de la mente en una dirección, es posible mover objetos a distancia, transmitir el pensamiento… Hace falta tiempo para obtener ese resultado, naturalmente. Tiempo, voluntad y ciertas cualidades innatas. Puedes consultar a especialistas más expertos que yo en estas materias si lo crees conveniente. Yo mismo puedo facilitarte

algunos nombres de hombres que gustosamente te atenderán.

—No creo que sea necesario. Usted me ha ayudado mucho, padre.

El sacerdote le acompañó a la puerta y antes de que Dan se alejara le espetó:

—Después de cuánto hemos hablado, déjame decirte algo más…

—¿Sí?

—Ese Veransay, a pesar de todo, puede ser un instrumento del Maligno. Pero tanto si lo es como no, yo no quisiera estar en su pellejo por nada de este mundo.

Marlow agradeció la ayuda del sacerdote y se alejó, aún confundido, pero seguro por lo menos de que algunos de los misterios que le habían turbado hasta ese momento podían tener una explicación racional.

CAPÍTULO IX

Alex Dawson descendió del taxi, atravesó la acera, y entró en el lujoso vestíbulo del edificio donde tenía el apartamento.

Dio un vistazo al buzón y sintió que le temblaban las piernas al descubrir a través de la pequeña mirilla el sobre que estaba esperándole.

Lo sacó y un solo vistazo fue suficiente para captar de nuevo el espanto de aquella letra inconfundible.

Lo abrió nerviosamente. La carta era casi idéntica a la primera. Una carta que le llegaba desde la muerte.

En todo caso, ésta incluso más amenazadora. Dominándose, se forzó a examinar cuidadosamente la firma hasta que no le cupo la menor duda de que era auténtica.

La firma de Geraldine.

Decidiéndose, se encaminó al Banco con el que tanto él como su esposa cuando vivía solían operar. Dobló la carta de modo que sólo quedara a la vista la firma y se acercó al empleado que ya conocía.

Resultó una operación breve y contundente. Aquélla era la firma de Geraldine. El propio Banco la hubiera dado por buena de presentarse estampada en un cheque.

Aturdido, salió a la calle con la mente convertida en un caos.

Entonces, una duda le asaltó. Volvió atrás agitado por un nuevo motivo de alarma.

El empleado arrugó el ceño al verle, regresar.

—¿Hay algo que le preocupa, señor Dawson? —indagó.

—Realmente no. Sólo había olvidado… Quisiera un resumen con las últimas operaciones de nuestra cuenta.

—¿Desde qué fecha?

—Bueno…, digamos desde tres meses atrás.

—Espere un poco y se la facilitaré.

Esperó impaciente, fumó tres o cuatro cigarrillos, se sentó y volvió a levantarse y al fin el empleado le llamó, tendiéndole una hoja de papel con el detalle de su cuenta.

Dio las gracias y salió a la calle. Entró en un bar y sólo cuando estuvo sentado en una mesa apartada desdobló el resumen y lo examinó.

Sintió que se le nublaba la visión. Ahogó un quejido y volvió a mirar la anotación que no debiera haber estado allí.

El Banco había pagado un cheque de diez mil libras una semana después de la muerte de Geraldine. Un cheque que él no había extendido, por lo tanto sólo Geraldine había podido firmarlo… después de estar muerta.

La cabeza le daba vueltas. Apenas respondió a la camarera y después advirtió que le servía una taza de café humeante.

Lo tomó abrasándose la boca, dejó unas monedas sobre la mesa y salió de nuevo a la calle andando como un sonámbulo.

Nunca supo cómo llegó al apartamento. Oyó trastear a la mujer que atendía a la limpieza durante el día, puesto que había despedido a la servidumbre al quedar solo y fue a encerrarse en su estudio.

Acabó por decidirse y descolgando el teléfono llamó a Ronald Howard.

La voz de su amigo vibró a través del auricular.

—¿Alex? Me alegro de oírte. Espero que te sientas mejor que cuando te fuiste, el pasado domingo.

—Estoy bien, gracias, Ronald.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Te parecerá una tontería, pero quisiera que me dieras el número de teléfono del profesor…

—¿De Veransay?

—Sí.

—Claro. Pero ¿para qué lo quieres? Opino que…

—No es para mí —mintió—. Estuve hablando con unos amigos y mostraron deseos de conocerle.

—Ya veo… Toma nota.

Anotó las cifras y se despidió apresuradamente. Un instante después discaba el número del siniestro personaje.

Veransay tardó en responder, y cuando lo hizo su voz sonó

bronca y profunda a través del aparato.

—Aquí Dawson —dijo Alex—. ¿Me recuerda, profesor?

—Por supuesto.

—Quisiera tener una entrevista con usted. En privado, naturalmente.

—No veo inconveniente. ¿Esta tarde?

—Me parece bien.

—Entonces, a las cinco en Malcom Road, treinta y seis.

—¿Es su domicilio?

—Es nuestro templo. Pero dispongo de un despacho en la parte posterior. Nadie nos interrumpirá mientras esté aquí.

—Se lo agradezco mucho, profesor.

Colgó y recostándose en el sillón cerró los ojos y luchó por dominar su creciente pánico.

De nuevo revivió en su mente el trágico salto del coche…, el remolino que lo engulló. Creyó oír una vez más el alarido que se hundía hacia el abismo hasta extinguirse al fin…

Ella había muerto sin la menor sombra de duda.

De modo que sólo Veransay podía ayudarle.

CAPÍTULO X

El reportero se llamaba George Doon, era un individuo delgado como un sarmiento y con una inagotable capacidad para engullir *whisky* de cualquier calidad.

—Naturalmente que sé quién es Veransay —dijo con la astuta mirada fija en Marlow—. Lo que no sé es por qué te interesas por ese granuja.

—Le conocí este pasado fin de semana. Despertó mi curiosidad.

—También se la despertó a la policía hace tiempo, pero no pudieron encontrar nada lo bastante sólido para agarrarlo. ¿Qué es lo que quieres sobre él concretamente?

—Todo… O por lo menos, todo lo que tú sepas.

—Me ocupé de ese pillo hace tiempo, aunque hube de soltarlo como un hierro al rojo.

—¿Viste alguna de sus ceremonias?

—¡Ya lo creo! Tiene todo un rebaño de idiotas seguidores… Él es el sumo sacerdote y representa bien su papel. Invocan al demonio, danzan y se ofrecen a él. Tengo entendido que en algunas ocasiones celebran orgías delirantes, pero eso no puedo asegurarlo porque yo no asistí a ninguna. Y no lo lamento si las damas que toman parte son las mismas que vi en las ceremonias negras.

—Me gustaría saber cómo obtiene los fondos para mantener el ritmo de vida que lleva. ¿Lo averiguaste acaso?

El reportero sacudió la cabeza.

—Nada concreto, pero es indudable que los fanáticos que le siguen deben proporcionarle dinero. Conocí a algunos de ellos. Viejos encastillados en una creencia absurda que lo abandonaban todo por él. Y alguno había gozado de buena posición económica. Pero allí se dejaban embaucar como otro cualquiera y aceptaban vivir casi miserablemente.

—¿Tal vez cedían sus bienes a Veransay? —sugirió Dan. Doon se encogió de hombros. Por un momento pareció que los huesos iban a atravesar la tela de su chaqueta.

—Bien pudiera ser. Están tan fanatizados que Veransay hace lo que quiere de ellos.

—¿Tú crees que realmente posee alguna facultad extrasensorial, o como quieras llamarlo?

—Ahí me has pillado. Le he visto realizar algunos trucos asombrosos, desde luego. Y es capaz de hipnotizar, de eso no cabe duda. Pero supongo que la ciencia moderna podría explicar con cierta lógica sus experimentos, aunque en este aspecto soy un analfabeto.

Tras un instante de silencio, que el reportero aprovechó para darle otro buen tiento al *whisky*, Dan le espetó:

—¿Le viste invocar a los muertos alguna vez?

—Yo personalmente no, pero sí algunos de sus fanáticos. Me consta que celebró algunas sesiones en las que llamó a los muertos.

—¿Te dijeron si obtuvo éxito?

Doon soltó un bufido.

—¡Maldita sea! Haces las preguntas como si tú creyeras que pudiera tenerlo. ¿Cómo diablos van a acudir los muertos a la llamada de un charlatán?

—Yo no dije que acudieran. Simplemente, te he preguntado.

El reportero se echó atrás en la silla y frunció el ceño.

—¿Te importaría decirme a qué viene tanto interés? Y todo eso de los muertos… ¿Acaso le viste hacer alguno de esos trucos?

—En cierto modo sí.

—¿Y qué?

Marlow se levantó.

—El muerto acudió dijo, sombrío.

—Tú estás para que te aten.

—Concretamente, fue una muerta. Gracias por todo, viejo. Ya nos veremos.

—¡Eh, espera un minuto!

Pero Dan ya se alejaba sorteando las mesas de la taberna llena de humo.

Doon se quedó unos minutos rezongando entre dientes. Todo aquello comenzaba a preocuparle y su olfato de buen reportero

despertaba, sugiriéndole, quizá, un escandaloso reportaje.

De modo que acabó levantándose. Volvió a gruñir al caer en la cuenta de que Marlow se había largado «olvidando» pagar las bebidas, por todo lo cual cuando salió a la calle no gozaba precisamente de buen humor.

Echó a andar y al poco estaba sumergido en los gigantescos archivos del periódico.

CAPÍTULO XI

Alex Dawson se detuvo en medio de la desierta nave. Sólo una luz amarillenta colgaba en un ángulo de las paredes, cerca de lo que parecía ser un altar de piedra no más alto que sus rodillas.

En el centro del mismo se alzaba una piedra negra semejante a un pequeño obelisco que brillaba con resplandores opacos bajo la luz.

Pesados cortinajes negros colgaban de los muros. No había sillas ni bancos de modo que el aspecto del lugar era desolado y frío.

Se volvió al oír los pasos a sus espaldas. Veransay le saludó con una ligera inclinación de cabeza.

—Bien venido —murmuró el extraño profesor—. Sígame, hablaremos en mi despacho.

Se dirigieron hacia uno de los cortinajes antes de que Dawson atinara a replicar.

Veransay apartó el tapiz negro y señaló una puerta.

—Entre.

El despacho era inhóspito, casi tanto como el templo. Había una vieja mesa y dos sillas delante, más un sillón al otro lado. Eso era todo, excepto otra pequeña puerta cerrada, sobre cuya vieja madera aparecían extraños signos grabados a fuego y las gruesas cabezas de antiguos clavos de hierro.

—Y bien, señor Dawson… ¿Qué desea de mí?

—Quizá usted pueda ayudarme…

—¿De qué modo?

—Usted sabe que recibí una carta. La vio el sábado por la noche. Conoce todo lo que sucedió después… y oyó la voz que habló por medio de Melita…

—¿Adónde quiere ir a parar?

—He recibido otra carta semejante a la primera.

—¿Y…?

—Ambas fueron escritas por mi esposa. Llevaban su firma. No obstante, mi mujer murió hace tres meses en un accidente de coche.

—¿Y cree usted que las cartas fueron escritas «después» de su muerte?

—Estoy convencido. Los mensajes dan a entender claramente que fueron escritos después de que Geraldine muriera…

—¿No ha pensado que puede tratarse de falsificaciones, amigo Dawson?

—Me tomé el trabajo de comprobar la firma en el Banco. La cotejaron con la auténtica que tienen registrada. No, profesor la firma era genuina.

Tras un silencio, Veransay murmuró:

—¿Contenían amenazas esas cartas?

—Sí.

—Y usted está convencido de que su mujer está muerta…

—No me cabe la menor duda… el coche se despeñó por un precipicio y se hundió en el mar ante mis ojos. Y ella no sabía nadar además.

—Ya veo.

Presuroso, Dawson añadió:

—Geraldine, mi esposa, solía beber mucho. La mitad del tiempo estaba embriagada. Aquella noche había bebido aún más que de costumbre… Nos detuvimos en lo alto del acantilado. Yo… pensé que un poco de aire fresco la despejaría. Discutimos. De pronto, ella puso el coche en marcha con la intención de dejarme allí y marcharse sola a casa. Hizo una falsa maniobra y se despeñó.

Veransay le miraba fijo. Parecía que su mirada se volviera cada vez más sardónica.

—Entonces —dijo—, no podemos dudar de que murió. Ahora, Dawson, ¿qué espera de mí concretamente?

—Usted dijo que podía entrar en contacto con los muertos… ¡Líbreme de ella, de esta pesadilla! Le pagaré bien… todo lo que me pida. Pero ayúdeme.

—Le parece así de fácil, ¿eh?

—Ya sé que no lo es. Mire, estoy aterrado, desconcertado por completo. Sé que mi historia es increíble, pero es la pura verdad.

—Amigo mío, a mí no necesita mentirme.

Sus palabras sonaron secas, rotundas.

Dawson pegó brinco en la silla.

—¿Mentirle? —bufó—. ¿Cómo se atreve…?

—Siéntese y cálmese. Y no se preocupe, nada tiene que temer de mí. Le ayudaré en lo que pueda. Pero sólo con escucharle estoy convencido de que su esposa no murió en su accidente…

—¡Le digo que fue un desgraciado accidente! El tribunal lo reconoció sin ninguna duda.

—Usted mató a su mujer, Dawson.

—¡No le consiento que…!

Veransay sonrió. Más que nunca se parecía a un astuto diablo en aquellos momentos.

—Le he dicho que no tiene nada que temer de mí —repitió con calma—. Usted está siendo asaltado por pesadillas respecto a la muerte de esa mujer. Su subconsciente le acusa del crimen. Eso está claro. Y tenemos esas cartas que usted ha reconocido que contienen amenazas escritas supuestamente por su esposa después de su muerte. Otro síntoma. Tiene miedo de que ella descubra el crimen…

—Veo que he cometido una equivocación al venir a verle.

—Por el contrario, es lo más acertado que pudo haber hecho. Ahora calle, no se mueva, déjeme concentrar…

Se recostó en el sillón y cerró los ojos.

Terriblemente inquieto, Dawson dejó pasar un largo tiempo, hasta que Veransay pareció despertar de un pesado sueño.

—Ahora sé —susurró con una voz que pareció surgir del fondo de un pozo—. Usted despeñó el coche y no podrá convencerme de lo contrario.

—¿Y ella…?

—Está muerta.

—¡Pero entonces, esas cartas…!

—He de descubrirlo también. Más allá de la vida existen fenómenos ignorados por el hombre, tan complejos y misteriosos que ni siquiera yo estoy preparado para comprenderlos. No obstante, haré cuanto esté en mi mano para aclararlos esta vez.

—¿Y el mensajero que fue asesinado, Veransay, y la voz que resonó, mencionando incluso mi nombre?

—Un espíritu atormentado, lleno de odio. En cuanto al

mensajero tal vez vio algo que no debía. ¿Recuerda que el criado vio algo blanco que flotaba entre la lluvia?

—No creo que lo olvide jamás.

—Es posible que fuera ella, rondando la casa en su busca… Tal vez deseaba vengarse de usted, matarle. Recuerde que James la vio con un cuchillo en la mano. Ante la imposibilidad de matarle a usted, tropezó con el mensajero, quien posiblemente trató de interceptarla… y recibió la cuchillada. Es una simple hipótesis sin la menor prueba, pero a mí me parece que eso fue lo que debió ocurrir.

—¿Y cree que podrá hacer algo por mí, librarme de esa atroz incertidumbre?

—Estoy en condiciones de prometérselo.

Dawson suspiró.

—¿Cuánto, Veransay?

—¿Se refiere a cuánto dinero debe usted pagarme?

—Claro.

—Nada. Sólo habrá de depositar un sobre cerrado con la cantidad que usted quiera. Servirá para el sostenimiento de mis fieles, eso es todo.

Dawson le observó, perplejo.

—¿De veras no quiere cobrar usted nada?

—Yo no me dedico a vender mis facultades, amigo mío. Además, tampoco me pertenecen, como ya debe recordar puesto que lo hablamos en casa de Ronald Howard.

—¿Cuándo he de depositar el dinero y dónde?

—Al salir, sobre el altar. Le llamaré por teléfono cuando sepa cómo he de actuar y qué fuerzas he de vencer.

—Gracias, Veransay. Usted es mi única esperanza.

Salió del despacho ante la mirada aguda del profesor.

Una vez fuera, sacó un sobre del bolsillo y lo llenó con casi todo el dinero que llevaba encima. Luego, salió a la calle y le pareció que incluso podía respirar mejor, más libremente.

Caminó a buen paso por las calles que se oscurecían por momentos. Si pudiera librarse del terror, de las pesadillas… Volvería a vivir. Tenía dinero suficiente y sería libre por completo.

Cuando llegó a su apartamento, Dan Marlow estaba esperándole en el vestíbulo.

CAPÍTULO XII

Un tanto desconcertado, Dawson exclamó:

—¿Qué está haciendo aquí, Marlow?

—Deseaba verle. Pensé que quizá regresaría pronto y decidí esperarle.

—Bien, venga conmigo.

Ya se encaminaba al ascensor cuando el joven dijo:

—Hay una carta en su buzón, Dawson. ¿No va a recogerla?

—¿Una carta?

Volvió atrás presa de un súbito temblor.

El sobre contenía sólo su nombre. Era idéntico a los otros y la letra picuda pareció danzar ante sus ojos como si fuera la cabeza de una serpiente.

Marlow atisbo por encima de su hombro descaradamente.

—Como la del sábado —comentó—. Una correspondencia muy extraña…

—¿Y a usted qué diablos…?

Se contuvo a tiempo y guardando la carta en el bolsillo entró en el ascensor. Dan le siguió y subieron en silencio.

Cuando Dawson se disponía a abrir se detuvo igual que herido por un rayo.

—¡Está abierto! —jadeó.

—Ya lo veo. Y hay luz en el interior. Sólo que cuando yo subí antes y llamé la puerta estaba bien cerrada.

—¡Abra esa puerta, Marlow!

Dan la empujó y entró resueltamente. En unos segundos hubo recorrido todo el apartamento comprobando que estaba desierto.

Vio a Dawson paralizado por el pánico, plantado en el centro de la salita.

—No hay nadie, Dawson, tranquilícese.

—¿No se da cuenta? Ese perfume…

Era cierto. Un suave aroma, dulce y penetrante a un tiempo, flotaba en el aire.

El perfume llenaba la atmósfera, turbador como la presencia de una mujer desnuda.

—¿De su esposa también? —Gruñó Dan.

—No usaba otro… siempre ése. ¡Ha estado aquí, Marlow!

—Pero ella está muerta, hombre.

—Estuvo aquí… y en casa de Howard… quiere matarme, eso es lo que quiere.

—Veamos esa carta.

La abrió y la leyó para sí. Lanzó un quejido y el papel escapó de sus dedos.

De un zarpazo Dan lo atrapó. La letra picuda rezaba:

«Te esperé. Encontré un frasco de mi perfume. Es tan dulce, y en mi tumba líquida no existe perfume alguno. Volveré, Alex, y entonces me acompañarás hasta la eternidad».

Marlow lo leyó dos o tres veces.

—¿Y bien? —Gruñó.

—No puedo soportarlo más…

—¿Es posible que crea en esta patraña? Los muertos no regresan, Dawson. Alguien intenta volverle loco, seguramente para quedarse con su fortuna.

—¿Y falsifica las cartas de Geraldine tan hábilmente que engaña incluso al Banco? Pagaron un cheque de diez mil libras… y la firma era buena. Y había sido extendido dos semanas después de su muerte…

Marlow suspiró:

—Entonces es aún más fácil.

—¿Fácil?

—Ella vive y por alguna razón quiere acorralarle a usted.

Sacudió la cabeza.

—Murió. ¿Cómo hubiera podido vivir después de la caída por el abismo? Sé que murió… Veransay lo ha comprobado.

Marlow dio un respingo.

—¡Veransay! ¿Ha ido usted a verle?

—Sí… le pedí ayuda.

—Escuche —dijo con firmeza—. Hice infinidad de

averiguaciones en pocas horas. Veransay es un farsante. Con poderes hipnóticos, con una facultad de concentración que usted y yo vimos. Pero nada más. Ha estafado a infinidad de estúpidos fanáticos que le toman por una especie de reencarnación del demonio… No sea usted otro de esos infelices. Muchos de ellos le han cedido sus bienes, aunque ninguno era tan rico como usted.

—El… puede comunicar con los muertos.

—¡Tonterías! Es un complot para hundir su razón y sacarle hasta el último penique. Escuche, Dawson… Mandé analizar aquellas muestra verdes que quedaron en su cuarto cuando alguien imprimió más huellas en el suelo.

—¿Y qué?

—Era liquen, desde luego.

—¡Maldita sea! ¿Y aún duda? ¡Salió del mar… de esa tumba líquida que menciona en su carta…!

Estaba temblando violentamente.

Marlow rió entre dientes.

—Pamplinas, Dawson. El liquen procedía de aguas estancadas y poco profundas. El analista ha sido terminante. Sin la menor duda fue extraído de un simple estanque de jardín. Lo «plantaron» en su cuarto para impresionarle. Es así de fácil.

Dawson se quedó helado, boquiabierto.

—¿Es… es cierto eso, Marlow? —balbuceó.

—Puedo mostrarle el informe del químico analista.

—Entonces…

—Le repito que es un complot contra usted. Aunque no consigo entender por qué le ha impresionado de ese modo, aterrorizándole hasta extremos inconcebibles. Un hombre normal hubiera considerado por lo menos la posibilidad de que su mujer estuviera viva.

—Pero el coche se hundió con ella dentro… lo vi desaparecer en el mar después que golpeara las rocas.

—Supongamos que ella se libró… que consiguió aferrarse a una roca. Y que la impresión, el *shock*, alteró su razón. En manos de un tipejo como Veransay una mujer en estas condiciones se prestaría a cualquier cosa.

—Si estuviera viva…

—Hay un modo sencillo de averiguarlo.

—¿Cómo?

—Contrate un equipo de inmersiones. Será costoso porque esos acantilados son de aguas profundas, pero podrán llegar hasta el coche y comprobarlo. Le apuesto doble contra sencillo a que no encuentran rastro de ningún cadáver.

Dawson le miró como alelado.

—Es cierto —susurró—. Es la única manera de salir de dudas.

Dan Marlow suspiró.

—Entonces, no perdamos tiempo. Si nos damos prisa podrán estar allí a primera hora de la mañana.

Tomó la guía telefónica y comenzó a buscar un número…

Capítulo XIII

Habían descendido al fondo del acantilado mediante una grúa y cables de acero.

Desde la cima, los mecánicos, Marlow y Dawson, aguardaban.

Veían a los hombres equipados con sus pesados equipos moviéndose allá abajo, sobre las rocas. Luego, empezaron a sumergirse uno tras otro, relevándose a intervalos, y el tiempo se eternizó, sobre todo para los que aguardaban tensos de inquietud.

Luego, al fin, uno de los buceadores emergió y agitó la mano. Gritó algo, pero el rumor del mar y la distancia ahogó su voz.

No obstante, el operador de la grúa debió comprender sus señas porque el motor de la máquina comenzó a runrunear y otro cable descendió hacia el abismo.

Dawson creyó que su corazón se detenía. No podía apartar la mirada de aquella profundidad.

Dan le empujó hacia atrás.

—Va a precipitarse de cabeza abajo si continúa en el borde con tantos nervios. Siéntese ahí y espere. Ya no tardarán en subir.

Él volvió al peligroso observatorio.

Así, con un estupor que fue convirtiéndose en espanto, vio cómo sacaban de las aguas el cuerpo de una mujer. Desde la distancia daba la impresión de que estaba desnuda, pero luego advirtió que sobre el cuerpo quedaban jirones de un largo vestido de noche.

Se echó atrás, estupefacto. Dawson gruñó:

—¿Qué… qué…?

—No tardarán.

La grúa volvió a entrar en acción, tirando de dos cables a la vez.

El cadáver y uno de los buceadores aparecieron a un tiempo sobre el borde, El cadáver giraba lentamente al extremo del cable, sujetado por el hombre que intentaba evitar que se despellejara

contra las piedras.

Dawson se levantó poco a poco.

Boqueó enloquecido. Sus ojos giraron en las órbitas y de pronto rugió:

—¡Es ella… ella…!

—¿Geraldine?

—¡Sí, sí… estaba muerta después de todo! ¿No comprende? ¡Muerta…!

Se apoyó contra un costado de la grúa y ocultó la cara entre las manos. Luego, fuera de sí, comenzó a golpear con los puños el hierro de la máquina mientras profería sordas exclamaciones que nadie entendía…

Dan se acercó al buceador para ayudarle a depositar el cadáver en el suelo.

Y una vez más se quedó paralizado de estupor y estuvo a punto de caer de espaldas.

El hombre cuyo traje de caucho chorreaba agua gruñó:

—Alguien me dijo que si encontrábamos un cadáver, estaría hecho gelatina porque llevaría tres meses ahí abajo… No lo entiendo, porque esta mujer no hace ni veinticuatro horas que ha muerto.

Eso era.

Marlow respiró hondo tratando de serenarse.

Geraldine Dawson había muerto apenas unas horas antes…

—¡Dawson! —gritó.

Hubo de ir en busca del enloquecido Alex y arrastrarlo a viva fuerza hacia donde reposaba el cadáver.

—¡Mírelo! —rugió—. ¿No lo comprende aún? Su Geraldine murió hace unas horas… quizá esta noche pasada. ¿Se da cuenta?

Dawson lo comprendió, pero todo aquello rebasaba su capacidad de comprensión. Empezó a retroceder paso a paso, la mirada fija en el cuerpo empapado.

Marlow dio unas instrucciones a los hombres y fue a reunirse con el desgraciado.

Dawson sólo dijo:

—Yo la maté, Marlow… hace tres meses. No importa que aparezca ahora de este modo… en realidad he sido yo quién la he matado.

—Estaba seguro que acabaría diciendo algo semejante… no podía ser de otro modo si uno se detenía a pensarlo. Vamos, regresemos a Londres.

—Lléveme a Scotland Yard, Marlow. Al fin sé que he de hacer.

El coche se puso en marcha. Marlow pensó que si escribía todo el tremendo lío en una de sus novelas equivaldría a hacer oposiciones para cambiar de oficio…

CAPÍTULO XIV

Veransay estaba solo cuando uno de sus fanáticos anunció la presencia de Dan Marlow.

—¿Marlow? —exclamó—. Hágale pasar. Y cierre la puerta.

Dan entró y se detuvo al oír chirriar la llave a sus espaldas.

—¿No son demasiadas precauciones para un hombre de sus poderes, Veransay?

—Mi asistente asegura así que nadie nos molestará. ¿En qué puedo ayudarle, Marlow?

—A mí personalmente en nada.

—Entonces, ¿a qué ha venido? Estamos a punto de celebrar una de nuestras más importantes ceremonias y no dispongo de mucho tiempo…

—Me parece que sus ceremonias han terminado, profesor. De ahora en adelante, podrá practicar sus trucos en la cárcel, ¿sabe?

Los ojos malignos de Veransay chispearon llenos de ira.

—Usted debe haberse vuelto loco…

—Nunca creí en usted, amigo. Me impresionaron sus trucos, qué duda cabe. Pero después hice algunas averiguaciones y se habló de psicoquinesia y levitación, y de concentración mental y otras lindezas y comprendí que era usted un farsante. ¿Por qué diablos no se dedicó a exhibirse en un teatro, en lugar de meterse a asesino?

Veransay se levantó, poco a poco.

Antes que pudiera hablar Dan gruñó:

—Hemos sacado el cuerpo de Geraldine esta mañana. Recién asesinada por el hombre que la ayudó después de su milagrosa salvación, cuando Dawson despeñó el auto.

—¿Y viene a contármelo a mí?

—Ella le pagó diez mil libras, Veransay. No sería como aportación a su culto diabólico, digo yo. Seguir la pista del cheque

resultó fácil, ¿sabe?

—Ya veo…

—¿Cómo diantres se libró de morir hace tres meses?

—El propio coche la arrojó fuera al golpear contra un saliente rocoso. Ella no sabía nadar, pero pudo aferrarse a las rocas y entonces se desmayó. A la mañana siguiente oí sus gritos. Fue una casualidad mi presencia en el acantilado precisamente entonces. Geraldine me contó lo sucedido y ambos planeamos su venganza…

—Mediante una aportación de diez mil libras. Un buen precio.

—Se equivoca. Fue sólo un pequeño anticipo. Yo iba a obtener toda su fortuna.

No parecía alterado. Tan sólo sus ojos llameaban amenazadoramente, pero su voz no se había alterado ni un ápice.

—Dejó volar demasiado su ambición, profesor —comentó Marlow—. Dawson está en manos de los médicos y cuando le hayan calmado está decidido a declararlo todo ante la policía.

—Ya veo.

De pronto miró su reloj de pulsera.

—¿Tiene prisa por llegar a alguna parte? —rió Dan, encendiendo un cigarrillo.

—He de cumplir mi compromiso con los fieles… la ceremonia no debe suspenderse por nada del mundo.

—Claro, ellos siguen creyendo en usted.

—Siempre serán fieles a mí. Lo que me deja asombrado es su comportamiento, Marlow, al venir aquí.

—Si tiene ideas retorcidas, mejor abandónelas. A mí no me detuvieron los médicos y llamé a la policía. Si no me equivoco estarán aquí dentro de muy poco tiempo. Pero no quería perderme el privilegio de verle reaccionar ante la catástrofe que ni sus demonios particulares podrán evitar.

—Va a gozar de otro privilegio… Asistir a mi última ceremonia en esta ciudad. Viajaré… y levantaré otra comunidad en otra parte.

—¿De veras cree eso?

—Hay estúpidos fanáticos en todas partes, Marlow. Probaré en Francia cuando salga de aquí.

—Lo dudo.

Inesperadamente, en la mano de Veransay apareció una pequeña pistola y la mano sarmentosa parecía tan firme como una roca.

—No quiero matarle si no me obliga. No me gusta matar… a menos que sea absolutamente necesario como en el caso de Geraldine. No pude confiar en ella porque Se volvía loca con el alcohol. En mi especialidad soy un artista, de modo que detesto la violencia. Vuélvase de espaldas, pronto.

—Ahora es cuando me desconcierta, Veransay…

Pero se volvió de espaldas.

Y el golpe en la nuca le derribó en medio de un estallido de dolor que le hundió en una creciente marea de negrura…

CAPÍTULO XV

Abrió los ojos sintiendo un desagradable zumbido en el cráneo.

Por unos instantes, el rostro diabólico de Veransay danzó ante su mirada, hasta que se aquietó definitivamente.

Ahora, el farsante se cubría con una brillante túnica negra que le cubría hasta los pies. Una llama de bordado rojo campeaba sobre su pecho y bajo ella unos signos cabalísticos aparecían bordados en oro.

Dan se dio cuenta que estaba férreamente atado y que una mordaza casi le ahogaba. Veransay le había sujetado a una argolla, en una pared de piedra.

—¿Ve usted esta pequeña mirilla, Marlow?

Él asintió con un gesto.

Veransay sonrió.

—A través de ella podrá presenciar la ceremonia. Verá aullar de fanatismo diabólico a mis «fieles»… a ese rebaño que hasta ahora me han proporcionado una pequeña fortuna. Después, desapareceré y nunca más nadie oirá hablar del profesor Karl Veransay.

Se calzó unos guantes blancos que contrastaban vivamente con la negrura de la flotante túnica. Como despedida dijo:

—Debería guardarle rencor, Marlow. En realidad, otro que no fuera un artista como yo le habría matado. Lástima. Si mis fieles supieran que yo, su guía, no soy diabólicamente perverso me despellejarían —soltó una carcajada y añadió, ya junto a la puerta de recia madera—: Los tontos son los únicos que creen realmente en el poder del diablo. Observe, Marlow. No volverá a verme en su vida.

Salió y los cerrojos chirriaron en la parte exterior de la puerta.

Marlow ladeó la cabeza. A través de la mirilla vio casi cincuenta hombres y mujeres cubiertos con túnicas negras, formando

pequeños grupos en la nave que servía de templo.

Las túnicas carecían de distintivo alguno, en contraste con la ricamente bordada de Veransay.

Hubo un movimiento de excitación cuando éste apareció abajo y caminó majestuosamente hacia la piedra que servía de altar. Brillaban varias velas encendidas en torno al negro obelisco de roca.

Desde aquella distancia, Marlow no podía oír más que un sordo murmullo, y la voz más seca de Veransay en sus invocaciones.

De vez en cuando resonaba un nombre siniestro en labios del profesor:

—¡Satán!

Dan Marlow miraba a la pequeña multitud fascinada por el farsante y no pudo menos que recordar las palabras del sacerdote que visitara.

Veransay no creía en el demonio. No creía en nada realmente.

Tal como dijera el buen sacerdote, aquello era un escarnio, ni más ni menos.

De pronto se hizo el silencio y la voz tonante de Veransay retumbó más fuerte que nunca. Luego, calló y las velas oscilaron sobre la piedra, elevándose unas pulgadas lentamente.

De nuevo una demostración de psicoquinesia. Sólo que aquellos fanáticos lo tomaban como el poder diabólico del infierno, encamado por el farsante.

De nuevo resonó la voz de Veransay pronunciando el nombre del Espíritu del Mal.

Marlow comenzaba a cansarse cuando aquello sucedió.

Fue como un súbito trueno, una voz colosal, de un poder inenarrable, retumbando entre los muros. La puerta crujió bajo el terrible embate de sonido insoportable.

Por la mirilla, estupefacto, Marlow vio temblar a los fanáticos mientras la ola de voz rebotaba estremeciendo las paredes. El propio Veransay miraba a su alrededor aterrorizado porque no comprendía.

Y entonces, en el cenit de locura que aquella voz significaba al lacerar salvajemente los tímpanos, Veransay emitió un aullido tan increíblemente atroz que casi emuló el otro sonido.

El propio Marlow gritó horrorizado, porque del suelo, en torno al farsante Veransay, se alzaban rugientes llamaradas coronadas de

humo negro, y las llamas prendían en su túnica, en su propia carne con un terrible chisporroteo mientras el huesudo cuerpo se retorcía frenético, y ardía como una antorcha al tiempo que la voz retumbante se apaciguaba hasta extinguirse, y los fanáticos adoradores del diablo se lanzaban en frenética desbandada hacia la salida.

Marlow apenas podía creerlo, pero las llamas estaban allí como brotadas de la boca de un volcán, implacables, rugientes, tenaces hasta consumir el escuálido cuerpo del farsante que ya no existía…

Aún rugían las llamas cuando la policía irrumpió en el local, cazando a los últimos aterrados fanáticos.

Marlow se echó atrás.

Ahora sabía que el sacerdote había tenido razón en cuanto dijera. Pero ¿quién le creería, fuera de los que presenciaron la espantosa demostración de un poder demoníaco como el que acababa de destruir a quien le escarnecía?

Trató de no mirar, de no pensar.

Y ya sólo deseó que los policías le encontrasen pronto, porque fuera de ese antro esperaba la vida, el amor y los brazos de una mujer.

FIN



José María Lliró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Utilizó entre otros, los siguientes seudónimos: Burton Hare, Mike Cameron, Gordon Lumas.